

1º CONCURSO LITERARIO

ECOS DEL PASADO, VOCES DEL PRESENTE

VICENTE LÓPEZ EN SU 120º ANIVERSARIO

CUENTO CORTO Y POESÍA



MUSEO DE LA CIUDAD
VICENTE LÓPEZ

VICENTE LÓPEZ **120** AÑOS

ANTOLOGÍA

ECOS
DEL PASADO,
VOCES
DEL PRESENTE

VICENTE LÓPEZ EN SU 120° ANIVERSARIO

CUENTO CORTO Y POESÍA

MUSEO DE LA CIUDAD
VICENTE LÓPEZ

VICENTE LÓPEZ **120** AÑOS

120 AÑOS DE VICENTE LÓPEZ

Una ciudad con historia, una ciudad con futuro.

Vicente López cumplió 120 años. Más de un siglo de historias compartidas, de tradiciones que pasaron de generación en generación y de familias que sentaron las bases sobre las cuales seguimos construyendo esta ciudad. A lo largo del tiempo, Vicente López creció y se pensó siempre como un lugar para vivir mejor: más seguro, con espacios de encuentro, propuestas culturales y deportivas, educación y salud de calidad y un fuerte sentido de comunidad.

Celebrar 120 años no es solo mirar hacia atrás. Es, sobre todo, animarnos a pensar lo que viene. Es acompañar los cambios, aprender, seguir mejorando y dar respuesta a las nuevas demandas. Es el desafío que tenemos todos los días: cuidar lo que logramos juntos y, al mismo tiempo, seguir avanzando.

Esta antología nace de esa convicción. En estas páginas conviven miradas diversas, recuerdos, anécdotas y voces que dan cuenta de una identidad compartida y del orgullo que sentimos todos los que vivimos, trabajamos y disfrutamos de Vicente López. Son obras que hablan de pertenencia, de memoria y de futuro, y que reflejan un vínculo profundo entre nosotros y el lugar que habitamos.

Estos relatos son testimonio de lo que somos. Gracias a todos los que formaron parte del inicio de Vicente López y los que siguen eligiendo este lugar para construir su futuro. Sigamos escribiendo juntos nuestra historia.



Sole Martinez



VICENTE LÓPEZ: 120 AÑOS DE HISTORIA COMPARTIDA

A lo largo del 2025, Vicente López celebra 120 años de historia desde su creación como partido, el 21 de diciembre de 1905. Este hecho marcó el reconocimiento de una comunidad con raíces profundas, formadas en torno a las quintas, el río y la vida vecinal.

Desde los primeros pobladores pasando por los que recibieron estas tierras en tiempos de Juan de Garay, hasta las familias que hicieron de ellas un espacio de trabajo, encuentro y progreso, Vicente López creció al ritmo de su gente.

Entre memorias y nuevas voces, Vicente López fue construyendo una identidad viva, que se renueva sin perder sus raíces.

Hoy, al cumplirse ciento veinte años, celebramos una historia construida por generaciones de vecinos, donde cada relato, cada esquina y cada gesto forman parte de un mismo legado: el orgullo de pertenecer a esta ciudad que sigue escribiendo su historia día a día.



ECOS DEL PASADO, VOCES DEL PRESENTE

Este concurso literario nació como una forma de celebrar los 120 años de Vicente López a través de la participación, la memoria y la palabra.

Desde el Museo y Archivo Documental de la Ciudad de Vicente López entendemos que escribir sobre nuestro lugar es también una manera de habitarlo, de reconocer sus huellas y proyectarlo hacia el futuro.

La convocatoria invitó a vecinos y estudiantes a mirar la ciudad con nuevos ojos: a rescatar los ecos del pasado, las anécdotas familiares, los paisajes cotidianos, los personajes entrañables y los recuerdos compartidos que construyen nuestra identidad colectiva.

Cada texto recibido fue una puerta abierta a un territorio afectivo, a una memoria viva que sigue transformándose con el paso del tiempo.

El concurso buscó también despertar en las nuevas generaciones el interés por la escritura y por la historia local. En cada escuela que participó, la palabra se volvió un puente entre los más jóvenes y el lugar que habitan, un modo de construir ciudadanía desde la imaginación y el relato propio.

La presente antología integra las obras ganadoras y finalistas del concurso, junto con otros textos seleccionados por su aporte creativo y su valor testimonial.

Es, al mismo tiempo, un testimonio y una invitación a seguir escribiendo, recordando y pensando juntos qué significa ser parte de Vicente López.

ÍNDICE

CUENTOS CORTOS | ADULTOS

EL LLANTO DE LAS TIPAS	09
JUAN CARLOS CLAVERÍA	
FUENTE DE INSPIRACIÓN	12
MARTÍN ISASA	
LA ESENCIA DE LOS LADRILLOS	16
CLAUDIO FABIÁN LAUBERGE	

CUENTOS CORTOS | JUVENIL

120 AÑOS DE OLVIDO PARA RECORDAR	22
MANUEL GUERRA	
LA CHANCHA	28
BAYTA ARGERICH	

POESÍA | ADULTOS

MENSAJE PARA UNA BOTELLA	36
SEBASTIÁN CEREZO	

POESÍA | JUVENIL

GANDINI	38
LEÓN ISMAEL GÓMEZ DUFOUR	
CALESITA Y MEMORIA	39
CLARA SILVA	

ÍNDICE

OBRAS SELECCIONADAS

HEDIONA	42
CLARA GONZÁLEZ REIG	
MÁS QUE UN JUEGO	49
SOFÍA MILANI	
VIAJES EN UN MISMO LUGAR	56
MARÍA AGUSTINA TRUCCO	
A UN LADO Y AL OTRO DE LA VÍA	62
DIANA PAPA CONSTANTINO	
A CINCUENTA AÑOS DE DISTANCIA	67
IVÁN ALBERTO PITTALUGA	
LA SALK	73
SILVIA CARTASSO	
FLORIDA	77
DANIEL PORTELA	
120 AÑOS DE UN ETERNO LATIDO	79
GABRIEL ALEJANDRO HACKL	
AGRADECIMIENTOS	85
JURADO	86

CONCURSO

ECOS
DEL PASADO,
VOCES
DEL PRESENTE

GANADORES

CUENTO CORTO

CATEGORÍA ADULTOS



MUSEO DE LA CIUDAD
VICENTE LÓPEZ

VICENTE LÓPEZ **120** AÑOS

EL LLANTO DE LAS TIPAS

JUAN CARLOS CLAVERÍA

La pregunta de Jose lo tomó por sorpresa. Llevaba meses trabajando en varios proyectos que le absorbían casi totalmente la energía. Uno de sus pocos pequeños recreos era llevar a su hijita al jardín de infantes que quedaba a cinco cuadras de su casa y cuando el clima lo permitía, aprovechaba para ir caminando con ella pero, por más que se lo proponía, no podía sacarse de la cabeza los temas que le esperaban cuando llegara a la oficina. - ¿Por qué escupen los árboles papá? - Era la época en que la sombra de las tipas se vuelve amarilla. Una sombra de flores doradas que alfombraban las calles del barrio de La Lucila de punta a punta. Unos meses antes seguramente la alfombra había tenido el celeste violáceo de las flores de los jacarandás, pero él no recordaba haberla pisado. - Los árboles no escupen Jose -, le contestó el hombre a su pequeña hija, - están llorando -. - ¿Y por qué lloran papá? -, insistió la niñita ávida de respuestas, - porque recuerdan que en esta época del año los chicos están terminando sus clases y cuando llegan a sus casas todavía es de día -, respondió el papá y continuó, - cuando yo era pequeño como vos Jose, llegaba por la tarde a mi casa y después de tomar la merienda salía a la puerta a jugar con los otros chicos del barrio y nos trepábamos a los árboles. Jugábamos a Tarzán, o a espiar al que pasaba caminando por abajo tratando que no advirtiera nuestra presencia. Eran los tiempos en que se jugaba a la pelota en la vereda, a las escondidas y a la mancha. Después el barrio se fue transformando en ciudad, empezaron a pasar muchos autos por la cuadra y muchos empezaron a estacionar todo el día y ya fue

imposible jugar a la pelota en la calle. Luego llegaron los vídeo juegos y los chicos ya no volvieron a jugar en la calle ni a treparse a los árboles en las tardecitas de primavera. Pero las tipas tienen memoria y cada vez que se acerca el final del invierno lloran de tristeza por esos juegos que ya no volverán a compartir con los niños de las grandes ciudades -. Un murmullo sordo y familiar alineó al hombre nuevamente con el presente. - ¿Escuchás eso Jose? -. La niñita lo miró atentamente desde sus enormes ojos almendrados, ansiosa por saber que era ese traqueteo áspero que murmuraba su idioma mecánico a través de las casas como viniendo desde el río. - Ese es el tren Jose. Cuando está por llover se escucha desde acá. ¿Ves esa casita de barro en la rama del árbol? -. Jose miró primero a su padre olvidando que iba a preguntarle por qué el tren respiraba más fuerte cuando estaba por llover. Luego la niña siguió la línea imaginaria que dibujaba el brazo extendido de su padre rematado en la punta de su dedo índice y después de algunos segundos de exploración del follaje del plátano, lanzó un gritito de triunfo al encontrar el objeto señalado por su padre. - Ese es un hornito, un nido de hornero. Hace muchos años no se veían en el barrio. Sólo vivían en el campo, igual que las cotorras, los chimangos y los caranchos, pero ahora que nadie los agrede en la ciudad, empezaron a acercarse a la gente. Los horneros construyen con barro y ramitas el nido en los plátanos porque tienen unas ramas muy, muy largas apuntando para arriba. Los campesinos que saben mucho de pájaros y árboles dicen que los plátanos levantan sus ramas para arriba para asustar a los animales que intentan comerse a los pichoncitos de los horneros -. De pronto la niña sintió el tironeo de la mano de su papá que ahora la llevaba al jardín de la casa frente a la cual se habían detenido a observar el hornito. El



hombre se acercó a una flor de rosa china y le arrancó el tubito rojo que tiene en la punta los estambres dorados.

Con el improvisado plumerito en la mano se puso en cuclillas frente a la parecita de ladrillos que se elevaba medio metro siguiendo la línea municipal que marca el límite entre el jardín de la casa y la vereda. Entre la junta de los ladrillos se veían unos pequeños embudos blancuzcos. Manipulando con destreza el pequeño plumero rojo con remates en dorado se acercó a la parte más ancha de uno de los embudos de seda y comenzó a sacudirlo suave y rítmicamente. Casi instantáneamente por la boca del embudo emergió una araña marrón muy culona atraída por las vibraciones, y se lanzó en violenta embestida sobre los delicados estambres llenos de polen de la flor. La niñita pegó dos saltitos hacia atrás y un grito de espanto al tiempo que la araña tomando conciencia del engaño a la que había sido sometida por el señuelo floral, soltaba su presa y volvía a escabullirse en el embudo hacia la seguridad de su guarida.

- No es nada José -, la tranquilizó su papá todavía en cuclillas con la amplia sonrisa de un pescador que acaba de sacar la pieza más grande de la jornada. - Quería mostrarte como se puede engañar a las arañas. Este era un juego que me enseñó cuando era chico un primo más grande -. El papá se incorporó satisfecho y los tres continuaron la marcha hacia el jardín donde Jose seguramente le contaría sus aventuras a alguna compañera y le presentaría también a su nuevo amigo, el niño que había viajado al futuro para acompañar por siempre a su propia hija. Se dice por el barrio que durante mucho tiempo las tipas dejaron de llorar y aunque algunos vecinos le echaban la culpa al cambio climático, nadie supo explicar el porqué.

FUENTE DE INSPIRACIÓN

MARTÍN ISASA

—A la tarde viene el abuelo —mi madre aprovechaba el anuncio para ir poniendo punto final al almuerzo mientras me servía una naranja de postre.

Ella le había sacado el ombligo a la fruta que, reluciente pero indefensa, reposaba sobre mi plato. La naranja chupada era mi debilidad. A través del agujero del volcán espiaba a los gajos listos para hacer erupción. Apoyaba los labios sobre la capa de fibra blanca que quedaba a la vista por debajo de la cáscara pelada, y luego sopapeaba de lo lindo.

La pobre naranja iba perdiendo su compostura a medida que avanzaba la desenfrenada succión del jugo que se deslizaba por mi lengua y descargaba por la garganta, aunque una porción importante del líquido se escurría por las comisuras de los labios y goteaba sobre mi remera.

Sonaba el timbre, se abría la puerta de casa y parado en el umbral reconocía a mi abuelo, un herrero de oficio, napolitano por ascendencia, quien había nacido dos años antes de que terminara el siglo XIX.

Tomando la referencia del primer plano de su porte bien erguido, abajo distinguía las punteras lustrosas de los zapatos abotinados, y arriba la visera de la boina. Tras cartón hacían su entrada triunfal los pantalones de frisa con los innumerables botones en la bragueta, sostenidos por unos tiradores ocultos detrás de la camisa con cuello cerrado que remataba en dos largas puntas. Toda la indumentaria estaba matizada en colores oscuros, a lo sumo un marrón tirando a beige sin mayor variedad.



Enseguida le miraba sus grandes orejas, quería estar tranquilo de que no hubieran disminuido de tamaño porque me gustaba tal como se las había conocido. Le daba un beso de bienvenida en la cara recién afeitada, que le enmarcaba una sonrisa apacible en unos labios enmudecidos. Supongo que él abría la boca para decirme hola, pero no me acuerdo cuando lo hacía. Sí me acuerdo de sus pocas palabras. Siempre me pareció que su silencio era más poderoso que su discurso.

Yo exhibía las rodillas inquietas y curiosas de un niño de ocho años, las que siempre sufrían a la intemperie porque era raro que me vistieran con pantalones largos. No sólo mis raspones contrastaban con la prolijidad de mi abuelo, también me causaba gracia que mi flequillo arremolinado no hiciera juego con su cabeza pelada, que sólo se descubría de vez en cuando.

Paciente, relajado, él siempre inspiraba respeto con su sola presencia. Al menos era lo que yo sentía mientras, ansioso, daba algunas vueltas por mi casa hasta que llegaba mi momento esperado: salir a caminar juntos por el barrio. Ahora creo que él también lo esperaba.

Mi abuelo era una persona aplomada, de una calma chicha y un caminar cansino. Yo creía que su especialidad era encontrar los rincones escondidos del barrio, sobre todo aquellos que me resultaban divertidos porque me trepaba a los árboles, o entretenidos porque encerraban historias de épocas pasadas.

Todo sucedía sin alharacas ni grandilocuencias.

La fuente rebosante de agua, ubicada en la intersección de las avenidas Libertador y General Paz, nos esperaba en aquel Vicente López de la década del 60. Era la fuente más inmensa de todas las que podía haber soñado, no digo visitado porque probablemente



era la única que había visto hasta entonces. Ahora, valiéndome de la impresión de aquel momento y de la frescura de niño que todavía llevo dentro, me envalentono y reafirmo: era la más grande de todas.

Mis ojos no sólo no llegaban a recorrer el perímetro de la fuente de un solo golpe de vista, tampoco podían calcular la cantidad de autos que circulaban alrededor. Desde cualquier lugar que nos paráramos a mirar, siempre parecía que estábamos lejos, que nunca iríamos a llegar, era como si la calzada fuera una calesita en movimiento. Hasta cuando estábamos parados al lado del mismísimo borde de la fuente me parecía que estábamos lejos. Todo lo que se movía de aquí para allá siempre terminaba siendo un punto en el horizonte. ¿Por qué me gustaba curiosear por ahí? ¿A dónde iban y de dónde venían todos esos autos pegados uno atrás del otro? ¿Por qué nadie se divertía tanto como yo mirando el espectáculo de los chorros de agua, que en realidad casi nunca funcionaban? ¿Los pájaros construían los nidos en los pinos que custodiaban la fuente o lo hacían alejados de los bocinazos? ¿Los autos se iban a dormir cuando llegaba la noche?

Mi abuelo contaba que una lucha fronteriza, entre "zorros grises" de la Capital y comerciantes de Vicente López, se libraba todos los fines de semana de seis de la tarde a diez de la noche, a causa de una controvertida disposición de mano única de norte a sur, implantada para favorecer el ingreso de miles de autos por la avenida Libertador.

Precavido como él era, nunca me llevaba a la rotonda en medio de la guerra sabatina que la dividía en dos bandos.

Más de medio siglo después, el monumental distribuidor de tránsito ignora que el emblemático lugar donde está emplazado inspiró en



un niño su vocación de ingeniero y que, ahora en el recodo de la vida, “forja” sobre papel o planilla electrónica la recreación de la entrañable historia del paseo a la fuente, tratando de emular al abuelo herrero que hacía brotar piezas únicas a través de sus habilidosas manos.

LA ESENCIA DE LOS LADRILLOS

CLAUDIO FABIÁN LAUBERGE

Camino por Villa Martelli y pienso: acaso estas calles grises volvieran algún día a tener la magia de aquella paleta de colores. Rojos histriónicos. Ocres audaces de enfrentar otro invierno en una marquesina. La elocuencia del arte en el increíble trazo de un bohemio.

Recuerdo su paso cansino, aletargado, con la maleta de pinturas a cuestas. Fiel testigo de tantas batallas artísticas que en la Dante Alighieri supieran forjarlo.

¿Cómo forjar una pluma? ¿Y la densidad del aire? Imposible. Su misma esencia. Indócil. Donato Suprasetti, así se llamaba, pintaba frentes y carteles con la soltura de una gacela. Entreverando osados matices con una plástica al paso a quien lo mereciera.

Humedeciendo sus resquebrajados labios por el sol extendía la lengua hacia esa botella de agua que representaba un oasis.

Cierro mis ojos y puedo imaginarlo: acaricia esa barba blanca, despeinada. Sus ojos brillan y esboza una leve sonrisa con un dejo de sana locura sabiendo que, en la improvisación, sorprendería al más atinado de los curiosos. Realizando obras increíbles a cambio de unas monedas. Convocando, sin llamarlos, jóvenes que se acercaban tanto por su obra como por su excentricidad. Sencilla elocuencia desgarrada que provocaba risas. Curiosidad. Magnetismo. Se detenía en cada esquina. Todo lo observaba: el cielo, la gente, los negocios. Así, sacaba conclusiones que no necesariamente serían coincidentes con la opinión de la sociedad. Terco pero amable. Exigente y sensible. Escuchador, de esos que parecen abrazar un

dilema con los oídos y transmutarlo en sus ojos, que mucho habían visto, para hacernos comprender que no necesariamente era un problema, el nuestro.

Y desde la solemne linealidad de esas marquesinas para sustentarse, pasaba directo a una abstracción nocturna. Prolongada. En la cual sólo un puñado de velas encendidas eran testigos de cada uno de sus trazos sobre el lienzo. Sonidos imaginarios coloreaban y distorsionaban una escena que pronto mutaba a otra con el flamear de esas llamas. Creatividad. Vuelo. Anamorfosis.

Si bien puedo recordar a Donato a la perfección ¿De qué sirve? El sólo hecho de evocarlo no devolvería el color a estas calles y vidrieras, de ningún modo. Mi deseo es utópico, como lo es la suerte de éste banquito astillado y rasposo que alguien dejó en medio de la vereda. Debo apartarlo. Tanto por molestia como por incomodidad visual. Eso que se ve feo y nos remite al inconsciente, sin desearlo.

- ¿Dónde crees que vas con mi banquito de pintor?

- ¿A nadie le interesa éste cacharro...! ¿Donato...? ¿Es usted?

- ¿Y quién otro?

- ¿Acaso no había...?

- ¿Muerto? ¿No me estabas evocando? Mi barba. El andar cansino. Los trazos mágicos y otras tantas pamplinas de tu imaginación. Por cierto, te faltó nombrar mi gorra.

- Es verdad. Esa que acomodaba a su antojo rascándose la cabeza. Sonreía y planeaba el próximo movimiento de pincel.

- Eso no se planifica, se siente. Quizá es lo que notaste al comienzo, cuando te vi cavilando acerca de las calles grises.

- Ahí voy a disentir. Sin planificación no hay proyecto estable. Un orden. Por eso mismo éstas marquesinas se ven lúgubres.

- ¿Eso crees? Lo que ha cambiado es la perspectiva. Como quieras ver el mundo no habrá quien te convenza de otra cosa. El famoso árbol pintado de dos colores para que cada uno se identifique con el conveniente. ¿Los ladrillos eran marrones o colorados?

- No comprendo, siempre con sus ocurrencias. ¿Qué ladrillos? ¿Es una especie de test psicológico? Por seguirle la corriente, eran anaranjados.

- Tu pensamiento es de ese color y ves las cosas acorde a la esencia de tu necesidad.

- No necesito ladrillos anaranjados. ¿Qué tontería! Son sólo colores sobre un pedazo de barro compactado. ¿A quién le importa?

- Muchachito... Estás pisoteando un trozo de la historia. Precisamente aquí, donde estamos platicando, se encontraban los primeros hornos de ladrillos. Inmigrantes italianos y españoles sudaban de sol a sol, apilando tu desprecio. Forjando el porvenir para sus hijos, en ocasiones, por un mendrugo.

- No era mi intención faltar el respeto. Lo veo extremista. De las marquesinas ocre al yugo humano. ¿Acaso no hablábamos de arte?

- Precisamente. El arte, como la historia viva de un pueblo, no muere. Pero enferma con la indiferencia. El olvido. La desidia.

- Sin embargo usted es un pedazo de esta historia. El barrio lo recuerda.

- Sólo soy un eslabón, como tú lo eres, muchacho. La cadena de recuerdos es inagotable: El almacén de ramos generales Las Delicias, de Pantaleón. El primer coche colectivo apodado la Cucaracha.

- ¡Vaya nombre! ¿Era tan feo?

- Negro y lento, así decían. Se sucedieron las décadas y la vorágine parecía devorarse todo con prisa. Llegó el correo. El Mojón. La

Embajada.

- No sabía que teníamos una Embajada en el barrio. Qué curioso.
- Muchachito ingenuo. Era un sitio de bebidas espirituosas. El punto de encuentro donde tomar café y compartir anécdotas reales o inventadas, con amigos.

- El perfil histriónico del arte, por así llamarlo.

- Vas comprendiendo.

- ¿Dónde encajaría el arte en éste caso? ¿Y la historia?

- El arte, en la subjetividad. La historia de un pueblo no sólo se nutre de construcciones y emblemas, sino de todo lo que cada persona tuvo que luchar para lograrlo. El sacrificio de generaciones. Miserias. Pestes. Presiones económicas. Humillaciones. Guerras. Alcoholismo. Drogadicción. Desvelos. Incertidumbre.

Y ahora tú estás construyendo la historia. No la desperdicias viendo ocres en vez de cielos celestes. El tiempo es muy corto y no sabemos cuándo se apagará la última vela...

- Entonces estaba en lo cierto, Donato. Usted dejó éste plano con la última pintura que aquélla noche realizara a la luz de las velas. Me pregunto si era impresionismo o surrealismo. Lo imagino bebiendo grapa, o caña, para envalentonarse ante esos fantasmas de la noche. Puedo adivinar el siguiente trazo de su pincel ya desde la emoción, como supo platicarme. Veo que sonríe con un dejo de locura, no más de la que desea mostrar. Acomoda la gorra a voluntad y, arremangado, estira uno de sus brazos hacia el lienzo.

Detiene el tiempo en un fragmento de segundo, eterno, y evoca. La retrospectiva es inminente. Otro pueblo, el mismo cielo. Un desarraigo. El inconsciente no da ventajas y puja por olvidar ese barco en medio del océano. Reprime el dolor y vuelve en sí, logrando la primera pincelada. Roja, furiosa. Una ola sacude la nave

mientras observa el horizonte lejano. Teme. Otra pincelada se cuela intrépida en el lienzo. Amarilla como incierta, pero precisa.

En cubierta, una lágrima de sal recorre la mejilla de Donato. Él, la seca con su manga del saco gris y agujereado. Lo poco que trae es suficiente. No podría ser de otro modo, pues, es todo lo que posee. Evocar esa instancia hace estallar el pincel con direcciones inciertas, sorpresivas hasta para su propia conciencia. Nada puede predecirse, como la vida misma.

Las llamas consumen la cera y esa obra parece concluir. Duda. Vuelve a reacomodar la gorra. Un trozo de su vida se ve representado en ese lienzo. Lo sabe. El mismo barco que zarpara de Génova ahora queda anclado en el muelle del Puerto de Santa María del Buen Ayre.

Amanece de ilusión. Ansiedad. Incertidumbre. La última vela no se apaga y cae sobre el piso de madera. Arde. Le duele la vida. La distancia. Las calles tornan grises y sus marquesinas ocres. La gente camina sin rumbo. Un puñado de inmigrantes apilan ladrillos rojos, negros, nada cambia. Sudan. Ríen. Sueñan. Cae el sol y regresan a sus casas. Proyectan el futuro en un pequeño barrio, Villa Martelli. Juegan a los naipes. Adivinan las profesiones de sus hijos y nietos. Presumen, aún, desde la carencia. Sólo los impulsa el motor de la voluntad, sentados en esos banquitos de madera.

Banquitos de madera... Astillados y rasposos...

¡Dios! Me he quedado dormido sobre éste banco que encontré al paso. En una plaza, debajo de un árbol. Hasta me pareció haber soñado con Donato Suprasetti, el pintor de la barba cana y su gorra gris.

Recorreré el barrio, con perspectiva. Mi Villa Martelli amado. De callecitas angostas y marquesinas...de colores. Cuna de inmigrantes, tierra de soñadores.

CONCURSO

ECOS
DEL PASADO,
VOCES
DEL PRESENTE

GANADORES

CUENTO CORTO

CATEGORÍA INFANTO JUVENIL



MUSEO DE LA CIUDAD
VICENTE LÓPEZ

VICENTE LÓPEZ **120** AÑOS

120 AÑOS DE OLVIDO PARA RECORDAR

MANUEL GUERRA

Escuela Municipal Paula Albarracín de Sarmiento | Curso: 5° Naturales A

A la hora de llorar, de nuevo he sucumbido. Ninguna luz, ninguna salida. Mi rostro, una vez más, ha caído al olvido. Las calles andan sin rumbo, sin sentido.

¿Cómo se llena este vacío? ¿Cómo origino este recuerdo? ¿Cómo saben mi nombre? Por supuesto, leyeron mi diario, otra vez ese nombre del que nunca he oído.

No siempre fue así. Antes recordaba las calles, los rostros de quienes me acompañaban, hasta la forma de mi propia letra. Pero desde hace varias décadas, cada año todo se desvanece. No sé si fue una enfermedad que nunca supe nombrar o el simple desgaste del tiempo; lo cierto es que mi memoria se apaga como las luces al amanecer. Y, sin embargo, cada año vuelvo a sentarme en el escritorio, pensativo, recorriendo las páginas de mi historia extraviada.

Me acomodo junto a la ventanilla rota del tren. El vidrio vibra con los rieles, y mi reflejo parece el de otro. Al entrar en el túnel, la oscuridad me envuelve y sé que no viajo al presente. Tampoco al pasado: viajo a lo que recuerdo, a lo que alguna vez leí, a lo que la ciudad me susurra. No hay diferencia entre memoria y lectura. Ambas son ecos.

¿Por qué olvido cada año? Me pregunto mientras el tren se sumerge en la penumbra. Sé que soy el único: los humanos olvidan porque es natural, porque el cerebro necesita liberar espacio para lo nuevo. A veces la falta de atención borra lo que no supimos mirar; otras

veces es el estrés, la falta de sueño, la ausencia de emoción lo que arranca páginas enteras de nuestra mente. El tiempo, con su peso de años, también confunde hechos y vivencias, mezcla lo trivial con lo esencial. Quizá siempre fui así, o tal vez empezó cuando ya tenía demasiadas décadas encima, cuando mi cuerpo empezó a crujir como las maderas de mi casa.

A veces me pregunto cómo habrá sido aquel día de 1916, cuando este mismo tren eléctrico BTH comenzó a unir Retiro con Tigre. Dicen que los vecinos se acercaron a las estaciones con los ojos llenos de asombro y esperanza, que aplaudieron al ver llegar ese convoy moderno, con su promesa de futuro. Todos se unieron para cantar estrofas del Himno Nacional, esa melodía que en Vicente López siempre fue un llamado a la unidad.

Al descender en la estación Borges, siento el frío de una hoja arrancada de mi diario. Hay páginas que ya no están, capítulos de mi vida mutilados y borrados que debo encontrar. En la plaza, un niño me miraba sorprendido, mientras su madre me ignoraba. A su lado, un árbol enrejado se erguía en silencio.

—Es un olivo traído desde Jerusalén —le digo, recordando una nota del archivo municipal—. Lo protegen porque es frágil, porque encierra la historia de muchas generaciones y no debe ser vandalizado.

—No, señor mortecino, ese árbol se portó mal, no comió sus verduras. Se me escapa una sonrisa. No lo voy a corregir, porque tal vez el niño tenga razón: quizá los árboles también necesitan imaginación para sobrevivir. ¿Qué me faltará a mí?

Mi recuerdo más profundo tiene forma de jardín y tumbas: el cementerio de Olivos, donde el silencio tiene nombre y los árboles murmuran lo que el tiempo calló. Mis pasos son lentos y el bastón



golpea las baldosas desalineadas. No es la primera vez que entro, pero cada visita parecedistinta: los ángeles se inclinan más, las grietas en las lápidas dibujan mapas que solo yo veo, uncamino iluminado por mi intuición cansada.

En la tumba más antigua, despojada de flores, distingo un símbolo que reconozco de mispropios diarios: un sol nascente, ramas de olivo, la palabra “Libertad”. El mismo escudo que en1933 adoptó Vicente López. Me arrodillo con esfuerzo sobre la losa apenas levantada, hay una frasetallada que me hiela la sangre, la caligrafía es inconfundible: la mía. No recuerdo haberlo escrito,pero mi mano me traiciona con su estilo:

“Soy la memoria que no cabe en libros, el latido oculto de Vicente López”.

Poco a poco, las piezas encajan: las hojas arrancadas coinciden con un solo momento, el instante en que la memoria se desvanece. Sigo revisando: dentro hay un programa ajado de festejosmunicipales. Encabeza la ordenanza N.o 2959, sancionada el 21 de diciembre de 1905. Esa fecha noes solo el nacimiento del municipio: es también la mía. Cada año, cuando Vicente López soplavelas, yo me extingo. No es casualidad, sino el eterno vaivén entre la vida y la muerte. Mientras laciudad celebra su origen, yo renazco con ella.

Salgo del cementerio con el sobre firme en la mano. Afuera, el viento trae olor a río. Caminodespacio, con la cadera adolorida, hacia el balneario. Allí, familias disfrutan del sol, chicos correnentre los árboles, parejas se sientan frente al agua. Me detengo bajo una pérgola. El murmullo del ríoes el mismo de cuando era joven; lo único que ha cambiado es el temblor de mis manos. Respirohondo. Es como si la ciudad, con su arena y sus olas pequeñas, quisiera recordarme que siempreestuvo viva, aunque yo olvidara.



Al caer la tarde, regreso a mi hogar. Subo las escaleras que crujen como huesos viejos. Entro a la biblioteca: estantes viejos, cajas de archivo cubiertas de polvo. Revuelvo entre papeles y, debajo de un cuaderno roto, encuentro algo que me deja sin aire: una pila de sobres idénticos, todos con el membrete de la Escuela Paula Albarracín de Sarmiento. Cada uno fechado con un año de diferencia, siempre el 21 de diciembre. El más reciente, con tinta azul ya desvaída, dice:

“Estimado profesor, lo invitamos nuevamente a compartir con nuestra comunidad una charla sobre la historia del Municipio de Vicente López, con motivo de celebrar su vida y su aporte como educador”.

Profesor. La palabra me estremece. No hay registro en mis diarios, pero estos sobres prueban que durante todos estos años fui la memoria viva de esta ciudad.

El 21 de diciembre llega. Entro al colegio y el bullicio de los pasillos me envuelve. Siento que cada rincón murmura mi nombre, mis conocimientos.

El acto comienza. Me conducen al escenario. La sala está llena. Generaciones enteras me miran en silencio. Y por primera vez en muchos años, recuerdo todo: el cementerio, las páginas arrancadas, los sobres, las charlas, las risas, las manos que me ayudaron cada vez que olvidé. Todo regresa. Agarré el micrófono:

—Yo no olvido por casualidad —digo, y mi voz resuena temblorosa—. Olvido porque he vivido demasiado. Porque una vida tan larga no cabe entera en una sola cabeza. Cada año, cuando esta ciudad celebra su nacimiento, yo pierdo algo de mí. Y ustedes me lo devuelven. Comprendí que la memoria absoluta es una condena: cargar cada rostro, cada detalle, hasta que la vida se



vuelva un archivo sin aire. Olvidar es dejar espacio para lo que importa. Hoy no vengo solo a contarles la historia de Vicente López: vengo a agradecerles por recordarla conmigo, por seguir contando mi historia.

Dejo la mesa de oradores y mis ojos se posan en el público: ahí están, todos mis amigos decada ciclo, todos los habitantes de Vicente López juntos, reunidos en un solo lugar. Los que conocen los años veinte, cuarenta, setenta, noventa. Todos han vuelto. Han esperado cada año pararecibirme como si nunca me hubiera ido. Mi frialdad estuvo desde siempre. Mi resistencia a hacer amigos porque sabía que los olvidaría. Pero ellos insistieron.

Cada aniversario, aunque yo no recordara sus nombres, me festejaban. Y cada vez eran más. Una mesa larga, luego dos, luego un salón. Hoy, en mi centésimo vigésimo cumpleaños, el festejo es una multitud. No hay rincón vacío. Las calles parecen haberse volcado al colegio para celebrar no solo mis ciento veinte años, sino el de un pueblo entero que se niega a olvidar. Mis páginas vacías no son huecos. Son respiraciones. Espacios que ellos llenaron: mis alumnos, mis vecinos, mis amigos, mis ciudadanos.

Mientras brindamos bajo el sol naciente del escudo municipal, sé que ya no hay diferencia entre mi historia y la de Vicente López. Somos la misma memoria. La imaginación protege lo que importa. Y aquí, en esta ciudad, nadie olvida lo que nos hace argentinos. Luego del brindis, conforme anochecía, las luces del vecindario comenzaron a encenderse una a una, guiándolo con esa apacencia que solo el tiempo puede determinar.

Con el paso de las horas, en una tarde gris y nublada, volvió al panteón, con el paso lento de quien carga siglos en los hombros. Decía venir a recordar, pero en el fondo sabía que no hacía falta:



cada recuerdo estaba grabado en su piel, en su historia. Caminó entre las tumbas como quien lee un libro que conoce de memoria; cada nombre, cada fecha, cada piedra tenía un pedazo de él.

Se sentó frente a una lápida sin flores, acarició la tierra húmeda y dejó que el silencio le hablara. Allí estaba, buscando recuerdos... sin darse cuenta de que él mismo ya era uno. Había regresado no como hombre, sino como eco; no como visitante, sino como parte del paisaje. Sus manos se posaron en su regazo, y el viento le cerró los ojos suavemente. En ese instante comprendió el verdadero sentido de su larga existencia:

“No viví ciento veinte años para olvidar: viví ciento veinte años para ser recordado”.

El cementerio quedó en calma, mientras aquel anciano contemplaba cómo sus viejos amigos se acercaban en silencio y le dejaban flores en su mano. Comprendió que nunca había vuelto: siempre había estado allí, dormido entre las sombras, eterno como la memoria. El campo santo lo abrazaba con un silencio profundo; no como despedida, sino como un hogar al que siempre había pertenecido. Cuando la bruma se apartó, en la piedra que lo custodiaba solo se alcanzaba a ver: “ilegible – 21 de diciembre de 1905”

LA CHANCHA

BAYTA ARGERICH

Escuela Municipal Paula Albarracín de Sarmiento | Curso: 5° Economía

Subían y bajaban. Iban y venían. Solos o acompañados. Con pesadas bolsas de supermercado de lunes a viernes y, los fines de semana, coloridas sombrillas que descendían cerca del Puerto de Olivos. Un flujo constante de cuerpos apresurados, impacientes. Antes de partir, sentía el perfume metálico de la nafta fresca. Luego, los zapatos en mi piso impecable que formaban un tango depisotones.

A tan solo unos meses desde la inauguración, la voz corrió como un huracán. De casa encasa, de boca en boca. Ser el primer colectivo del partido era toda una novedad, y empecé mi trabajo envuelto en una nube de fama. De mi parte trasera redonda colgaba una rueda de auxilio, aunque el chofer estaba seguro de que no la necesitaría. El sonido de mis frenos se mezclaba con las voces superpuestas de los pasajeros, que parecían formar un coro de risas, planes, y el chimento del momento. Era una atmósfera increíble. Al subir por primera vez, siempre observaban asombrados la decoración de luces y la caligrafía fileteada, de la cual el chofer me había dotado. Los doce o quince asientos quedaban llenos, y unos pocos terminaban viajando parados, exhalando bocanadas de aroma agradable mientras charlaban, con energía, sobre el último partido transmitido por radio.

De igual forma, no faltaban los comentarios cuando veían mi fachada roja, deteriorada, aproximarse a la parada, y muchas veces me acompañaban durante el resto de la travesía. “¡Bondi de



Subían y bajaban. Iban y venían. Solos o acompañados. Con pesadas bolsas de supermercado de lunes a viernes y, los fines de semana, coloridas sombrillas que descendían cerca del Puerto de Olivos. Un flujo constante de cuerpos apresurados, impacientes. Antes de partir, sentía el perfume metálico de la nafta fresca. Luego, los zapatos en mi piso impecable que formaban un tango depisotones.

A tan solo unos meses desde la inauguración, la voz corrió como un huracán. De casa encasa, de boca en boca. Ser el primer colectivo del partido era toda una novedad, y empecé mi trabajo envuelto en una nube de fama. De mi parte trasera redonda colgaba una rueda de auxilio, aunque elchofer estaba seguro de que no la necesitaría. El sonido de mis frenos se mezclaba con las voces superpuestas de los pasajeros, que parecían formar un coro de risas, planes, y el chimento del momento. Era una atmósfera increíble. Al subir por primera vez, siempre observaban asombrados la decoración de luces y la caligrafía fileteada, de la cual el chofer me había dotado. Los doce o quince asientos quedaban llenos, y unos pocos terminaban viajando parados, exhalando bocanadas de aroma agradable mientras charlaban, con energía, sobre el último partido transmitido por radio.

De igual forma, no faltaban los comentarios cuando veían mi fachada roja, deteriorada, aproximarse a la parada, y muchas veces me acompañaban durante el resto de la travesía. “¡Bondi de miércoles! viene cada muerte de obispo”. Pero mis ruedas no quieren, ni pueden, apresurarse. Observo con detenimiento cada local, casa o negocio. El Puerto, Corrientes, Maipú, Pelliza... Una y otra vez, dejaba marcado mi camino. Y los vecinos subían y bajaban. Algunos miraban, ansiosos, sus relojes, como si el tiempo fuera a

congelarse por la acción de fijar la mirada. Yo los observaba a ellos que, al pasar, dejaban una estela de memoria.

Era costumbre ver desvanecerse el cartel de “Sylvania”, a veces por la distancia, y otras por los embotellamientos que lo cubrían cuando estaba baja la barrera del tren Mitre. Cuando la levantaba, me divertía ver algún zorro gris intentando controlar a los niños, que cruzaban corriendo. A veces, cambiaba manualmente el semáforo mientras verificaba que el tren no estuviera cerca.

También estaba el vigilante de la esquina de Pelliza y Maipú. Siempre me dedicaba un saludo, moviendo los dedos que ocultaba bajo blancos guantes. Me acuerdo de una pequeña, con vestidito cuadrillé, que siempre se sentaba con su madre atrás, y le tenía muchísimo miedo al vigía. Su madre le peinaba los rulos para tranquilizarla cuando tenía que bajar en esa esquina.

Las personas subían y bajaban, atropellándose cada día más. El tango de pisotones se había vuelto una especie de danza libre, como si el cuidado fuera cosa del pasado. Buscaban torpemente sus monedas, y a veces las sentía tintinear en mi piso de metal. Agarraban sus boletos de la mano del chofer, que los recibía levantándose la gorra y guardaba el pago en algún bolsillo de su delantal beige, impoluto. Se quejaban cuando notaban que no eran capicúa. Especialmente Don José, que había empezado a coleccionarlos. Por eso, el silencio me invadía cuando él bajaba en la intersección con Avellaneda, la bicicletería de Felipe.

Mi momento bajo los reflectores terminó al cabo de cuatro, o cinco años. “¿191?”, empezaron a preguntar los señores, porque mi letrero borroneado ya no era tan fácil de leer. El chofer, sin siquiera mirarlo a los ojos, le imprimía un boleto y recibía el dinero. Primero con gorra y traje, poco a poco con una remera y un pantalón que no se

distinguía del atuendo de ningún pasajero. Dejé de ser el colectivo número uno, y me encontré sumergido en un mar de bondis idénticos, que iban y venían, transportando vidas distintas.

A la siguiente que pasé por Maipú, ya no estaba el zanjón de tierra entre las calles, ni vi pasar al tranvía 31. Al día siguiente entendí, de boca suya, que lo habían sacado de circulación. Lo decía despreocupado, mientras sostenía un cigarrillo entre sus dedos. A mí me asaltaron las dudas, ¿Acasome pasaría lo mismo a mí?

De madrugada, durante el día, y al caer la tarde. La rutina era la misma, pero la cháchara de mis vecinos poco a poco se apagó, y fue reemplazada por una horda de adolescentes ruidosas, con pantalones acampanados y chalecos sobre sus remeras. Se bajaban en Albarellos, donde estaba el autocine. A duras penas revisaban sus boletos, impresos automáticamente. Don José estaría decepcionado, pensé.

Cada lunes que pasaba de largo por la calle Valle Grande, veía una mujer de mediana edad barriendo la vereda, portando un batón rosa. ¿Nunca se cansaba de limpiar? Me gusta pensar que, en mis luces delanteras y mi matrícula frontal, veía algún tipo de sonrisa, porque de ser así, me ladevolvía al verme pasar. Permanecía inalterable, salvo por algunas canas por acá y por allá.

Caseros, Chacabuco y Pacheco, los letreros eran los mismos, pero más decolorados. ¿Y adónde había ido la bicicletería de Felipe? Al pasar por su misma calle, solo veía una confitería. No reconocía nada a excepción del asfalto, cuyo tacto se había vuelto, de alguna manera, más áspero. A través de mis ventanas, veía las casas desdibujarse, demolerse, y volver a erguirse, cada vez más parejitas. Sus techos de dos aguas y colores opacos se extendían ordenadamente a lo largo de cada calle.



Armando desapareció de entre mis frecuentes el día que cerraron Cable, puesto que yo era sumanera de llegar. Mis plazas, de pronto, estaban repletas de jóvenes que iban a “Los Dos Muñecos”, y cuando volvía a verlos, llevaban pantalones azules, ajustados, que llamaban blue jeans, frecuentemente combinados con chaquetas de cuero negras, o en el caso de las mujeres, calzas, polleras y blusas de colores estridentes. Mientras estos aparecían, desaparecieron los aros de humo, que antes llenaban mis pulmones.

Rawson, Catamarca, Salta... mi trayecto se había vuelto más fluido, ya no escuchaba las campanadas cuando pasaba cerca de la Estación Mitre. No encontraba autos amontonados esperando a que se alzara la barrera. Ya no había tren en lo absoluto. Los zorros grises habían sido reemplazados por unos postes con luces verdes, rojas y amarillas, que variaban su color de a intervalos.

Uzal, Rosetti... donde antes estaba Panam, la fábrica de zapatillas, ahora podía ver unaestructura rectangular, de la cual salían y entraban personas que llevaban paquetes o cartas. Y a la mujer del batón no la encontraba por ningún lado, ¿Se habría mudado? ¿O se habría cansado de limpiar?

Podía sentir el dolor de mi suelo de metal, remachado, a través del cual todavía asomaban los viejos caminos empedrados. Una mujer de mediana edad no se cansaba de contar que, antes, yo tenía otro brillo, mi decorado era el más bello, y mi piso estaba en perfecto estado. Mientras contaba sin nadie que escuche, daba vueltas a sus rulos con un dedo, y observaba el barrio, apenas una sombra de lo que había sido.

El autocine eventualmente cedió su espacio a los carteles de “construyendo”, y con el tiempo, los ladrillos y bloques de cemento aislados se transformaron en un predio de rugby gigantesco.



Empecé a transportar estudiantes con frecuencia.

La chusma y las conversaciones acerca de la vida fueron reemplazados por el más impenetrable silencio. Únicamente era interrumpido por el chirrido agudo de mis frenos, cada vez más desgastados. Los pasajeros viajaban, absortos en la vista que les proporcionaba, sus propios pensamientos, o las puntas de sus zapatillas, con los cuales marcaban el ritmo de una melodía que no podía escuchar. Todo cuanto comentaban era, por supuesto, lo mucho que tardaba en llegar.

Por lo tanto, me dediqué a observar. A sentir el terreno con mis ruedas, y percibir cómo mi color rojo continuaba ensuciándose, volviéndome bordó, o incluso amarronado. En mis entrañas persistía el olor a hierro desgastado.

Mi municipio ya no es como aquel día, cuando lo recorrí por primera vez. Ahora está repleto de luces, sean de las viviendas, de los autos que antes ni siquiera se veían, o de las señales de tránsito cuando anochece. Constantemente me cruzo con distintos bondis, que ostentan números más modernos, fachadas recientemente pintadas, y van completamente llenos: tanto sus abundantes asientos como sus pasillos cargan con otras vidas, que ni siquiera se percatan de las que los rodean.

Sin embargo... Mi recorrido sigue iniciando en la Estación de Olivos, donde puedo ver el mismo Puerto de siempre, con sus veleros, y las sombrillas de colores que transmiten la tranquilidad del fin de semana. El edificio de la Municipalidad sigue de pie donde ha estado desde los años 30, en el corazón de la Avenida. El tren Mitre, tras dejar de funcionar por un tiempo, ya se encuentran nuevamente en operaciones con un gigantesco puente azul construido donde antes estaba la vía. Y las personas suben y

bajan, van y vienen, portando anécdotas, recuerdos, y sobre todo, cambios.

Ya no miro ningún reloj. No existe manera de cuantificar el tiempo que llevo andando. Las calles ya no son las mismas. Ni las voces. Ni el aire que se respira. Ni siquiera mis ruedas. Pero de igual manera, sigo avanzando por las mismas calles, con el mismo sentimiento, y no me detendré hasta que mi motor deje de latir. Cada uno de mis asientos guarda vidas ajenas. También los marcos de mis ventanas, paisajes que se renuevan. Los vecinos tal vez ya no se comuniquen tanto, pero siguen estando conectados. Llevo conmigo un fragmento de cada una de sus vidas.

A veces, creo escuchar a Don José quejándose por los boletos capicúa, ver al zorro grisindicando a los chicos que podían cruzar, al vigilante que aterraba a la niña del vestido cuadrillé, o la mujer de batón rosa que barría la vereda. Percibo el olor a nafta fresca y aros de humo, junto al chirrido de mis frenos. Los fantasmas de aquellos días donde era el interno número 27 de la línea 1. Con frecuencia siento, detrás de todo, en un asiento de tela rasgada, una señora mayor sentada, tocándose obsesivamente los bucles plateados que adornan su cabeza, y de vez en cuando, evocando historias sobre Vicente López, su barrio desde que era pequeña, el lugar que la había visto crecer. Y ella a él.

Mis gomas giran, y giran, provocando mi avance. Se desgastan y se hunden, a excepción de la delantera, que fue reemplazada por la de auxilio que colgaba atrás. Sigo viaje, dejando atrás construcciones del pasado, y me aproximo a un futuro inalcanzable, intangible. Ya nadie sube ni baja. Nadie va ni viene. No llevo pasajeros de carne y hueso, llevo algo mucho más valioso: mis antiguas versiones, los comercios que cerraron, las personas que partieron, y todo lo que



aún representan. No me conduce nada más que mi deseo de hacer que la memoria perdure.

Olivos, Munro, La Lucila. Aunque nadie pueda verme, sigo ahí. Hago el mismo recorrido cíclico, miro atentamente cómo progresa mi hogar. Ya no tengo un destino predeterminado: mi viaje, lento y paciente, nunca termina. No por nada me decían *La Chancha*.

CONCURSO

ECOS
DEL PASADO,
VOCES
DEL PRESENTE

GANADOR

POESÍA

CATEGORÍA ADULTOS



MUSEO DE LA CIUDAD
VICENTE LÓPEZ

VICENTE LÓPEZ **120** AÑOS

MENSAJE PARA UNA BOTELLA

SEBASTIÁN CEREZO

La disonante algarabía del rugir del tren.
Mates lavados con agua seca en el río.

Las tardes en bici, cruzando el ferroso tren de la estación.
Hojas de otoño que se apagan con el crepúsculo.

Una mandarina, más naranja que su nombre, rueda por la vereda.
La cara sucia, el cuerpo machucado.

Timbres que suenan, pasitos que se alejan.
El amor susurra, a la vuelta de la esquina.

Los jacarandás, eternos y pegajosos, de dulce melancolía.
Jugando en la calle a escaparle al presente.

La pelota rebota de hogar en hogar.
Cruzar el puente ferroviario una vez más.

Sólo una vez
y dejarme,
abrir los brazos
y viajar en el tiempo.

CONCURSO

ECOS
DEL PASADO,
VOCES
DEL PRESENTE

GANADORES

POESÍA

CATEGORÍA INFANTO JUVENIL



MUSEO DE LA CIUDAD
VICENTE LÓPEZ

VICENTE LÓPEZ **120** AÑOS

GANDINI

LEÓN ISMAEL GÓMEZ DUFOUR

Escuela Municipal Paula Albarracín de Sarmiento | Curso: 1° F

En el 1900 apenas nacido
un almacén abrió su destino
parado en la esquina dejó su señal
en un pueblo que quería ser inmortal.
De carros y caballos la plaza se llena
y la ginebrita calma la faena
entre raíces, historia y canción
nace en la costa un nuevo rincón.
Pasaron los años, el tiempo voló
Olivos crecía y su voz se alzó
el Gandini brillaba en charla y café
un bar que aún guarda lo que ayer se fue.
De cultura y política su mesa habló
Vicente López con fuerza creció
entre memorias que el tiempo no borra
vive su historia que siempre se honra.

CALESITA Y MEMORIA

CLARA SILVA

Escuela Municipal Paula Albarracín de Sarmiento | Curso: 1° F

Una calesita,
millones de recuerdos.
En Vicente López,
la alegría, no tiene remedio.
Siempre divertida,
llena de caricias,
lugar donde no hay,
palabras sin risas.
Las prisas son inútiles,
se las lleva el viento:
siempre estoy pensando,
en ese momento.
Nostalgia y melancolía,
qué sentimientos tan raros
¿Por qué siempre vienen a mi mente,
esas lindas tardes de verano?
Pienso...encandilado,
frente a todos esos niños,
jugando, en el centro de la niñez,
rodando y rodando.

CONCURSO

ECOS
DEL PASADO,
VOCES
DEL PRESENTE

OBRAS SELECCIONADAS



MUSEO DE LA CIUDAD
VICENTE LÓPEZ

VICENTE LÓPEZ **120** AÑOS

HEDIONA

CLARA GONZÁLEZ REIG

Aquel feriado de carnaval me encontró sin planes en la ciudad vacía. Mi familia había viajado y me quedé sola en la casa de Florida. Tenía diecinueve años, un final de Botánica por rendir y muchos resúmenes para repasar. Me pareció que sería provechoso cambiar de ambiente. Preparé los apuntes y emprendí mi caminata hacia la Quinta Trabucco.

Subiendo por Melo, el calor amable de las primeras cuadras se tornaba hostil algunas después. La heladería de Fray Justo Sarmiento emergió como un remanso en mi incipiente desánimo. El chico tras el mostrador pareció alegrarse ante mi llegada, en el tedio de ese mediodía tórrido. Le pedí un helado de limón e intercambiamos unas palabras.

– Calor, ¿no? – sonrió al preguntar lo evidente.

– Si, está pesado... – respondí – Cuando salí de casa parecía mas fresco... ¿No tenés una bandita elástica o algo así? Me olvidé de atarme el pelo.

– Uy no, no tengo nada – dijo mientras buscaba inútilmente bajo el mostrador.

– ¡No te preocupes! Me quedan unas cuadras nomás. ¡Gracias! – lo saludé mientras salía.

Emprendí el último tramo de mi recorrido. La calma del feriado y el calor del mediodía transmitían al ambiente una quietud extraña. La sensación persistió cuando atravesé las rejas de la Quinta. Recorrí el parque con la vista, y todo me pareció ordenado en una sutil e ingrátida armonía.



Algo agobiada, opté por sentarme a la izquierda de la entrada, debajo de una pequeña magnolia. Sus flores despedían un aroma embriagador. Recientemente había leído que su fragancia varía según la hora del día, la temperatura y la humedad. Me senté y cerré los ojos para apreciar su perfume. En el calor de aquel mediodía, emanaba notas espesas de miel y vainilla. Comencé a sentirme aletargada y me dejé llevar por ese efecto unos instantes. Cuando abrí los ojos, me inundó el desconcierto. El paisaje era el mismo pero en otra versión. Como en el juego de las diferencias, comencé a detectar las semejanzas y anomalías respecto a lo que conocía. Las paredes de la casa no tenían su color rosado y en su frente se erguía, entre un cantero de flores, otra magnolia enorme e imponente. Mis cinco sentidos intentaban procesar al unísono los latidos de este entorno paralelo. No se escuchaban los autos de la Panamericana. En cambio el aire se había poblado de sonidos. Bajo el canto de los pájaros, pude distinguir el cacarear de gallinas, relinchar de caballos, mugidos de vacas y el aullido de un mono. Al aroma de las flores ahora se agregaba el olor a eucaliptos, a barro, al dulzor de las ciruelas y a las uvas chinche de la parra de mi abuela. Giré mi cabeza hacia Melo y el asfalto ya no estaba allí. La calle era de tierra y crecía el pasto a sus costados. Me acerqué a la entrada y la crucé para observar un letrero que coronaba la reja. Los hierros formaban, con elegante caligrafía, “Villa Delia”. Si bien mi perplejidad era grande, no me invadía la inquietud. El clima era etéreo y apacible, generándome un estado de fascinación y disfrute. Disfrute que se vio interrumpido cuando asomó frente a mi una chica de mi misma edad, pero que parecía salida de una película de Charleston.

Llevaba unas sandalias marrones y un vestido amarillo, recto hasta

las rodillas. Su pelo corto y ondulado, le alcanzaba para acomodarlo detrás de las orejas mientras hablaba.

- ¡Que raro tu disfraz! - fue su expresión de bienvenida.

Aún sobresaltada, quedé sin palabras y nada más atiné a mirarla. Sacudí la cabeza y cerré los ojos para disculparse: - Perdón, que bruta. Soy Delia, la del cartel - señaló el letrero de entrada y se sonrió

- ¿Vos como te llamás? ¿Buscabas a alguien?

- Clara - contesté dubitativa - Yo... yo solo estaba paseando.

Delia siguió interrogándome y haciendo suposiciones que ella misma confirmaba.

- ¿Sos nueva en la zona? ¿Tu familia es la que compró la quinta al lado de los Esperón? Me contó Susana que había vecinos nuevos, que todavía no estaba terminada la casa y se alojarían unos días acá. ¿Querés pasar? ¡Si tenés tiempo te podés quedar un rato! Estoy con unas amigas. Perdona que te tuteo así, una sinvergüenza... como dice mi hermano.

Su entusiasmo era contagioso. Un impulso de sumarme a su ilusión me impidió contradecir sus afirmaciones o intentar una explicación racional. Si lo que estaba viviendo era un sueño o alguna especie de viaje temporal, poco me importaba esclarecerlo en ese momento.

- Si, soy yo. Dale, gracias... me quedo un rato - contesté para salir del paso

- Regio, vení. A ver si encontramos a mi mamá. A ella le encanta que venga gente y conocer nuevos vecinos. Papá no está. Volvió a la casa de Cangallo a llevar vino y mermeladas y además tenía unas reuniones de trabajo. Él importa terciopelo de Italia. Ahora te voy a mostrar unos moños para el pelo que nos hizo mamá con unas muestras que él trajo - su cara se iluminó ante una repentina idea -



Uno era para mi prima que no vino, así que te lo puedo regalar. Mientras caminábamos hacia la casa aparecieron otras chicas desde un sendero lateral. Delia no dudó en continuar su monólogo para presentármelas.

- Chicas, ella es Clara. Ellas son Cándida e Isabel, son hermanas. María, Celia y mi hermana Zulema.

Supongo que mas tarde vendrá Susana, ella vive ahí en la casa grande cruzando Ibáñez, ¿la viste? ¡Es hermosa!. Susana está aprendiendo de fotografía con su papá. Quizás otro día que vengas podemos ir, nos muestra el estudio, ¡y hasta nos podemos sacar una foto!

Las chicas hablaban entre ellas. Zulema se acercó:

- Ya nos tenemos que cambiar - y con la misma dedicación de su hermana, se dirigió hacia mi - nos estábamos por disfrazar para el corso. ¡Que raro es tu disfraz! ¿Es de hombre? Este año mamá nos hizo disfraces de diosas griegas. Mi prima nos dejó plantadas, podés ponerte el de ella. Así estaremos todas iguales y no vas como un espantapájaros.

Todas reímos. Delia volvió con algo en la mano, que acababa de sacar de una cajita.

- ¡Acá están! ¡Los moños que te dije! Mirá lo que es este terciopelo, este color azul, ¿No es hermoso?

Tocalo, es tan suave.... Se ve diferente según la luz y desde donde lo mires, por eso me encanta. En fin, basta de cháchara, me entusiasma tanto el carnaval que te estoy aturdiendo.

Cándida, que parecía un poco mayor que las demás, interrumpió para darme mas detalles.

- Hoy vamos al corso de la estación... el mas divertido. Ayer fuimos a lo de los Urquiza, la quinta LaLucila. ¿Conocés? Muy lindo todo,



muy paquete... pero medio acartonado viste... hay que estar esperando que alguien te invite a bailar.. todos viendo lo que hacen los demás... con quien anda este, con quien llega aquella, con quien se va la otra... Nosotras nos divertimos igual y no nos metemos en esos líos pero es un poco aburrido a veces.

- Le rogamos a mamá y por suerte nos dejó ir hoy al corso de la estación. - Intervino Delia - Quizás porque no está papá. No es que él no nos deje, pero es un poco mas celoso con sus hijas. A Alberto lo deja hacer cualquier cosa, aunque sea mas chico. Hoy le prometimos a mamá que vamos y volvemos con él y nos dejó. - Se interrumpió como cada vez que recordaba algo y daba un giro en la conversación - Ah, a Alberto no te lo presenté... es que andá a saber donde está...el es un romántico, un artista... está enloquecido con la pintura y parece que no le importa nada mas... seguro anda en el taller o con el atril abajo de algún árbol. Lo voy a buscar y a decirle que se apure así no llegamos tarde. Espero que Félix ya haya preparado el carro y los caballos, vas a ver que hermosos son.

Entramos con las chicas a la casa a ponernos nuestros disfraces. Apenas cruzamos la puerta, me sorprendió una sala con sillones y un piano. Las ventanas con vidrios de colores y la luz de la tarde creaban en la atmósfera un caleidoscopio iridiscente.

Pasamos a uno de los dormitorios, a la derecha del comedor. Nos pusimos las túnicas griegas y los lazos de terciopelo azul en el pelo. Volvió Delia y se cambió de prisa. Me presentaron a Alberto que llevaba puesto un traje de marinero que le había traído su papá de un barco mercante.

Por el costado de la casa apareció Félix con el carro y los caballos, los cuáles, tal como me había anticipado Delia, se robaban toda la atención. Se trataba de dos hermosos animales de pelo suave y



brillante, blancos como la espuma, con un porte elegante pero amistoso. Nos subimos, Alberto tomó las riendas y salimos por la puerta principal, hacia la derecha. Después de varias menciones, entendí que llamaban Ibáñez a la calle que para mi era Melo. Se los dije pero se rieron, me explicaron que el único Melo que conocían era diputado y que por ahora no había reclamado la calle. Al llegar a la esquina llamó mi atención una capilla en el lugar donde hoy está la parroquia.

- Mi papá donó ese lote hace poco - me explicó Delia.- ¿Esperamos a ver si viene Susana? Es allá - señaló hacia la izquierda por Beiró. Se veía una casona imponente e iluminada.

-No viene, hoy tiene que ir con la familia al baile del Hotel Edén. - recordó Cándida.

Seguimos camino a la estación. A lo largo del recorrido abundaban las quintas, algunas mas vistosas, otras mas sencillas. En el atardecer se mezclaban el jazz de un gramófono que escapaba de un ventanal elegante, con los graznidos de las aves que se guardaban en los corrales para dormir.

Supe que había familias que vivían allí, mientras otras se instalaban durante el verano. Al atravesar las vías del ferrocarril, Delia y Zulema, recordaban su llegada en tren en noviembre y otras anécdotas de aquella temporada, como el rayo que cayó en Nochebuena y los regalos que aún recibían en la mañana de Reyes. Cuando nos acercamos a la estación, las casas se volvían mas pequeñas y cercanas. Allí se concentraban algunos comercios que pude distinguir por sus letreros: almacén, forrajería, farmacia, lechería, panadería. En la esquina de Ayacucho y San Martín, el bar Santa Paula, aún sin su nombre, me hizo un guiño de familiaridad atemporal.



Bajamos del carro, que Alberto dejó atado junto a otros. En un clima de algarabía general, se reunían bailarines de todas las edades y clases sociales con los mas variados disfraces. Los mas pequeños correteaban mientras el aire se poblaba de serpentinas y papel picado. En el escenario una banda tocaba candombe y tango. Pasamos allí algunas horas, entre bailes, risas, y corridas para escapar de algún pícaro que amenazaba mojarnos.

La banda tocaba El Amanecer de Firpo, cuando nos subimos a nuestro vehículo para emprender el regreso. Me sentía exhausta y me fui adormeciendo mientras escuchaba en la lejanía los planes de las chicas para ir al río al día siguiente.

- Señorita, ya terminó el show, la Quinta va a cerrar - me despertó, tocándome suavemente el hombro, un guardia de seguridad. Me incorporé reconociendo a mi alrededor el parque en su aspecto actual.

Por la puerta salían los músicos cargando sus instrumentos.

- Me quedé dormida ¿Qué tocaron? - pregunté al guardia.

- Creo que era candombe... algo así - respondió

Sonreí por dentro mientras emprendía el regreso a casa. Cuando pasé por la heladería, el chico estaba cerrando. Me reconoció, y mientras saludaba, me dijo:

- Al final conseguiste algo lindo para atarte el pelo.

Lo miré, me detuve y me llevé la mano a la cabeza. Ahí estaba, sosteniendo mi ya desarmado peinado, el lazo de terciopelo azul.



MÁS QUE UN JUEGO

SOFÍA MILANI

Era un martes por la mañana y el aire fresco aún arrastraba la humedad de la tormenta. Sentada en mi banco, sentía la luz tibia colarse por la ventana del aula y acariciar los pliegues del uniforme arrugado que, siendo sincera, había tenido mejores días. Afuera, los jacarandás comenzaban a pintar de violeta las calles, anunciando una primavera que pretendía quedarse para siempre. Dentro, el murmullo de mis compañeros se mezclaba con la voz de la profesora de historia que, con una sonrisa ansiosa, nos entregaba un mapa y un sobre.

—Es una actividad para conocer el barrio —dijo Clara, repasando un papel torpemente cortado— hay que encontrar los lugares y resolver los acertijos para ganar. No podemos atrasarnos, Magui, ¡vamos!

La miré de reojo, sin muchas ganas, pero ella —mi mejor amiga y eterna competidora— ya vibraba de emoción. Así que le di una sonrisa y dejé que tomara la delantera. Leyó en voz baja la primera pista:

“Donde flamea el celeste y la memoria se ancla, la historia sigue pidiendo ser mirada.”

—Seguro que es el monumento a Malvinas, en la plaza Vicente López y Planes - Clara aseveró con firmeza.



Asentí con un leve movimiento de cabeza admirando la rapidez y ambición de mi amiga. Algo me decía que esto era más que un juego. Sentía el barrio vivo, latiendo bajo mis pies.

Esta plaza siempre fue especial, como escenario épico de batallas imaginarias con ramas por espadas y mochilas por escudos. Esa mañana, el altivo mástil acariciaba la bandera que ondeaba al ritmo de tantas alas. Caminamos hasta allí con el resto del curso. Algunos habían adivinado la pista enseguida y avanzaban con entusiasmo, otros venían por inercia, como si la cercanía a fin de año les hubiera desordenado la concentración.

En la plaza, el olivo más antiguo proyectaba pedacitos de sombra entre los bancos gastados.

Junto a sus ramas, una señora anotaba algo en un cuaderno con tapas de cuero gastado. Tenía un gesto tranquilo, pero su quietud me llamaba la atención. No escribía apurada ni distraída, sino como quien pone en palabras aquello que no puede dejarse ir.

—Ahí está —dijo Clara, con tono triunfal señalando nuestro objetivo.

Nos acercamos. La piedra estaba fría, incluso bajo el sol. Las letras grabadas seguían intactas, firmes, como si cada nombre resistiera el susurro del tiempo. Me quedé un paso atrás. Una sensación extraña me detenía. No era tristeza, ni miedo, ni siquiera el profundo respeto que sentía. Era otra cosa. Como si el aire pesara distinto y una voz me estuviera llamando.



La mujer del cuaderno levantó la vista por un instante. No nos miró directamente, pero su gesto —leve, casi imperceptible— me dio la impresión de haber sido observada o, tal vez, reconocida.

—¡Magui! ¡Está pegada con cinta! —gritó Clara, agachada junto a una de las placas y sacándome bruscamente del trance.

Me acerqué. Tomamos con cuidado un papel húmedo de entre las piedras. La segunda pista nos esperaba. Clara leyó en voz alta:

“En el huerto donde oró el Salvador, la enredadera guarda el próximo rumor.”

Al instante, mi mirada se posó al otro lado de la calle Salta. La parroquia Jesús en el Huerto de los Olivos se alzaba silenciosa, casi tímida. Su fachada estaba envuelta en una enredadera que trepaba despacio, como queriendo protegerla del paso del tiempo y cuidarla del olvido. Se arrastraba, con su verde frondosidad, subiendo hacia el final inconcluso de las torres.

Mientras Clara se quedó afuera, tanteando entre las hojas desordenadas para encontrar la siguiente pista, yo empujé la puerta y entré. El aire era frío y pesado, como si el silencio lo hubiese congelado con los años. La luz se asomaba apenas por los vitrales altos, pintando canciones de colores sobre las paredes de cemento y los bancos de madera oscura. ¿Cuántas veces habían sido testigos de nuestras escapadas furtivas durante las horas de clase?

Conocíamos bien el pasillo interno que unía la iglesia con el colegio; un refugio secreto donde escapábamos de miradas y reglas,



dejando que la adrenalina se filtrara por nuestros poros. Allí nos sentíamos tranquilas -más por travesura que por devoción- y compartíamos secretos adolescentes poco dignos de la santidad de aquel lugar.

Me acerqué despacio a uno de estos bancos y con los dedos toqué una placa metálica, brillante y nueva, casi como si la hubieran puesto esa misma mañana. Allí, en letras firmes, se leía un nombre: “Señora Elvira Molina”. Un escalofrío me recorrió sin entender porqué.

Mientras tanto, afuera, Clari removía desenfrenada las hojas de la planta trepadora y, con una sonrisa satisfecha, levantó un pequeño papel doblado que parecía estar esperándonos.

—¡Magui, mirá esto! —exclamó, viéndome correr a su lado— la próxima parada es la plaza Borges... ¡y el Cine York!

La puerta del Cine Teatro estaba entreabierta, sedienta de nuestra curiosidad. Clara empujó primero y el chirrido rompió el silencio de la calle. Entramos con cuidado, invadiendo un secreto. Adentro, ese aroma indefinible de butacas viejas y telón dormido, cargaba con la esencia de tantas películas que alguna vez se proyectaron con gloria. La sala principal parecía estar cerrada, pero el hall de entrada tenía el glamour de pequeña galería. Una muestra fotográfica se extendía por las paredes exponiendo imágenes en blanco y negro, recortes periodísticos enmarcados, viejos anuncios de proyecciones... un viaje en el tiempo a sus años dorados.

Nos fuimos acercando con una mezcla de picardía y respeto. En



una de las imágenes, tomada en 1962, un grupo de jóvenes posaba en la vereda del cine, algunos aún con pochoclos en las manos. Había risas atrapadas en papel, miradas que atravesaban décadas.

Y entonces la vi. En la esquina derecha, una chica estaba abrazada a su amiga, parada al lado de otros dos jóvenes. Sonreía tímida, con los ojos entrecerrados por el sol, el cabello recogido con un pañuelo a lunares. Tenía algo... ¿familiar? ¿cercano?

—Cla —murmuré, apenas respirando—, creo que es ella. La señora de la plaza, pero de niño. No sé porqué... siento que es la misma. Está con una amiga y dos chicos más.

Clara no respondió. Ambas sentíamos un aura difusa. Como si hubiéramos abierto un portal hacia una memoria viva, que nos susurraba desde esas fotos y se sintonizaba con nuestro entusiasmo.

De pronto, mi amiga señaló un pequeño sobre pegado discretamente detrás de un cartel antiguo. Con cuidado, lo sacamos y desplegamos la hoja que contenía la última pista: “Donde el agua se encuentra con el viento, y los barcos susurran viejas canciones, ahí hallarás el último secreto.”

—El puerto —dije, con voz entrecortada, mientras toda yo latía con una emoción que no era solo por el juego.

El sol de la tarde teñía tonos dorados mientras bajábamos por Camacuá hasta ver los mástiles ondeantes. Nos dirigimos a un



edificio junto al muelle: el Club Náutico Olivos. Al entrar, nos recibió un salón discreto, con más fotografías enmarcadas, esta vez rodeadas de placas de bronce que parecían desafiar el paso de los años.

Me detuve frente a una foto tomada en 1973, titulada “Socias Pioneras del Club Náutico Olivos”. Allí estaban ellas: las mismas jóvenes que disfrutaban con películas y pochoclos, ahora en sus treinta y tantos, con miradas serenas y vestimentas elegantes. Junto a sus rostros, sus nombres brillaban en letras doradas: Elvira Molina e Isabel Fernández.

Me quedé mirando fijamente la foto y, de repente, todo encajó, como las piezas de un rompecabezas que no sabía que estaba armando. La mujer que vi escribiendo en la plaza era Isabel, y el nombre en la placa del banco de la iglesia era Elvira. Dos amigas inseparables, cuyo legado nos había estado acompañando todo el día. Habían sido las guardianas silenciosas de quienes deambulan por el barrio, buscando sus secretos e historias ocultas.

Me acerqué a la profesora que acababa de cerrar la actividad y, con voz temblorosa, le pregunté:

—Profe, ¿al final esta búsqueda era para conocer a Elvira, no?

Ella me miró con una sonrisa enigmática, frunciendo el ceño y ladeando la cabeza.

—¿Elvira? ¿Quién es Elvira?



Epílogo

18 de julio de 2025

Se cumple un año desde que Elvira partió, y aún la siento en cada rincón de Olivos. En el murmullo de la plaza al atardecer, en la brisa del puerto, en el entusiasmo inocente de alguna función de sábado por la noche. Juntas acompañamos los pasos del barrio, empujamos sueños colectivos, caminamos esas calles durante más de cincuenta años. Ella nunca quiso homenajes, pero se los ganó sin pedirlos. Su nombre reluce en un pedacito de la Parroquia, como testigo silencioso de entrega constante.

Hoy, en la plaza, vi a dos chicas con uniforme escolar y una complicidad hermosa. Me quedé observándolas al lado del pequeño olivo que tantas de nuestras charlas escuchó. Me hicieron pensar que, quizás, el barrio nunca olvida a quienes lo construyeron. Que Elvira y yo seguimos aquí... aunque ahora sea en otras risas.

VIAJES EN UN MISMO LUGAR

MARÍA AGUSTINA TRUCCO

Me preocupé cuando vi que Vicente López salió de su estatua. Lo presencié un día que solía ser normal, precisamente antes de ese detalle. La reacción más lógica pudo haber sido entrar a la iglesia del Huerto, enfrente a la plaza, a buscar algún cura, o exorcista. Pero mi primer instinto fue correr de la bizarra escena, hasta llegar a la estación del tren, al que nos subimos.

Era ciertamente impresionante. Vicente López, el mismísimo, frente a mí. Sin palabras, era tan fuerte el silencio que solo se escuchaba el movimiento de los vagones. Nadie más en el Tren de la Costa.

–Quería aprovechar que está la plaza cerrada para que la gente no me vea. Los trabajadores estaban distraídos reparándola –Suspiró–. Evidentemente mi discreción no funcionó.

–Puedo ver que no ¿Sos un fantasma? –Sonaba a retórica, pero iba en serio.

Procesé un poco lo que estaba pasando, pero no sabía cómo reaccionar. Y las cosas empeoraron en la escala de lo surrealista. Quise salir, el ondeo de vagones me estaba volviendo loco. Y bajé, pero no precisamente en la estación.

Estaba frente al río, pero faltaba algo. Era el puerto de Olivos, solo que sin puerto. Creo que nos ¿teletransportamos? y no solo en espacio.

–Sí señor, es 1901. –Escuché a un hombre hablándole a Vicente, quien confundido se volteó hacia mí.

–No te la vas a creer.

– Ya no sé qué creo y qué no.

¿Cómo llegamos al pasado? No sé. Mi preocupación, más que saber de la ruptura de leyes espacio temporales, iba por el lado de cómo volver.

– ... –Nada que decir. Una brisa empujaba a las ondas de agua que chocaban entre sí, otravez quedando en silencio los dos. Y pensar que esa zona, quieta como se la veía, en un futuro sería un gran puerto. El abundante río se veía bien, pero no había notado la tremenda vividez que un puerto puede agregarle a un vacío así.

–No tengo explicaciones, pero sí una idea. –Vicente calló el silencio con un acento indeciso–. Quinta de Olivos. Le preguntamos al presidente si sabe qué hacer, tal vez el gobierno sabe sobre viajes en el tiempo. –Se notaba la duda, pero ¿Qué más había por hacer? Al menos intentarlo, aunque nos tilden de lunáticos. Lo seguí, y aprendí sobre su ¿vida? como fantasma.

–Me desperté después de morir y seguía en este mundo. No por presumir, pero me instalé acá, en Vicente López, logrando que el resto me viera como un peatón más. He estado presenciando los cambios desde entonces. Y un día, hasta descubrí una estatua mía...

–Frenó–. Uy... Hay un problema. La quinta todavía no es presidencial. –Era 1901, faltaban 17 años para que fuera propiedad del presidente, ¡Y apenas fue usada como casa de veraneo habitual más de 50 años después!

No teníamos otro plan, así que decidimos volver a la estación de tren.

–Si esperamos 4 años, vas a poder ver la independencia del Municipio de Vicente López–dijo–. Emocionante. No fue la primera independencia que he contemplado, pero ver a tanta gente unida con un pensamiento, un mismo fin tan poderoso... es



increíble. –Él sabía sobre eso, el hombre que escribió el Himno Nacional–. Bueno, no creo que quieras pasar mucho tiempo fuera de tu época. Aunque esto no es tan terrible... –Hizo una pausa pensante–. La próxima estación quizás incluya una vuelta temporal. –Pero habló demasiado temprano. Cuando el tren frenó, salimos, y nuestra esperanza fue estampada.

No se veía como un año más tarde que 1980. La gente, ropa, los autos, otra vez cambiamos de tiempo y espacio, aunque no al que queríamos. Pude reconocer el Cine York, frente a la plaza. He pasado por allí, pero nunca entré. Parece que dije eso en voz alta, por la respuesta.

–Tendrías que, es un clásico. UNESCO, la organización mundial, admira su conservación y capacidad de propagar las tradiciones del cine, imagínate. Aunque en este año no se sabe todavía. –Estaba fascinado–. Es que esta gente está tan obnubilada por el cine que ni notaron nuestra presencia.

Pude ver que desde siempre tuvo ese aura elegante y sofisticada, combinada con la frescura del parque que lo enfrentaba. Caminar por ahí genera un sentimiento de querer entrar. Estar constantemente tan cerca de un lugar histórico y cultural, de un orgullo precioso. No entrar, no conocerlo verdaderamente, es como un desperdicio, una pena.

–Lo bueno es que se puede visitar en el presente. O sea, mi presente, o ¿nuestro? –dijo. Era muy loco como el tiempo no permitió su deterioro, y solo lo mejoró como patrimonio.

Era redundante, pero supusimos que habría que probar tomar el tren hasta llegar a nuestra parada temporal. Con lo extraño que eso sonaba.

–Cuando volvamos, porque sé que lo vamos a lograr...–Su optimismo

me tranquilizó, pero fue interrumpido al arribar-. ¿Cerrado?

-Ay no. -Repetí el no varias veces, cada vez con más frustración-.

¿Qué año es?

-1969. -Una mujer, que no había visto, contestó, con tono de duda. Miró hacia la dirección de las vías y después a la mía, todavía con desconcierto-. ¿Esperan al tren? Oh, disculpen, puede que se hayan confundido. Esta estación está clausurada. Desde 1961. -Y se fue.

-¿Y ahora? -La esperanza de regresar se desvanecía, mientras mis pensamientos ya se dirigían a planear cómo iba a adaptarme a mi nueva vida desde los 60s. O al menos hasta que reabrieran las vías del tren costero, y otra vez, viajar a otro lugar, otro tiempo equivocado, y repetir el ciclo. Avancé sin rumbo fijo, y Vicente me siguió, sin comentarios. Ignoré las miradas de la gente, quienes seguro estaban cuestionando nuestra vestimenta no acorde a la época. Aunque nuestro sentimiento pesimista fue empujado al costado, parece que a la vez, por el mismo pensamiento que nos llegó a ambos.

-¡La Quinta Presidencial ya es presidencial! -No estaba dado por sentado que funcionara, pero al menos calmaba la desesperanza. Corrimos, pasamos por calles y esquinas, y eventualmente bajamos la velocidad por el cansancio. Sin embargo, notamos que la energía fue en vano, no sabíamos hacia dónde estábamos yendo. Ninguno reconocía las calles. Haber andado sin rumbo no fue buena idea, pudimos habernos quedado lloriqueando en la estación. Buscamos gente a quien preguntar la ubicación y la encontramos. De hecho, era un gran grupo de personas. Mientras nos acercábamos, noté que rodeaban una construcción, que sorprendentemente no había visto.



–¿Esa no es...? –Vicente estaba señalándola, concentrando su mirada en descifrar el nombre–. Es la Torre Ader. El monumento. Sí, sí, es esa. –Ante mi falta de conocimiento, que se notaba en mi expresión, siguió explicando–: La Torre de la Independencia. Creo que este año se hizo pública. Es un museo, tiene de todo sobre la historia del municipio. Imaginate, empezó su construcción por 1916. ¡Y cómo olvidarlo! También tiene eventos culturales.

Frenó un poco, y noté un entusiasmo que no había visto por parte de él desde que lo conocí en persona. Se fue acercando a la torre lentamente, hasta que sus pasos fueron más constantes y rápidos. Mientras tanto su discurso continuó–: Claro, acá en Vicente Lopez. Es historia...es cultura. –Volvió a frenar, como si la emoción no lo dejara moverse, y algo serio, siguió diciendo, mirando al edificio. –No me había dado cuenta de la capacidad tan espectacular que este lugar tiene, que tenemos, para albergar tradición. Pasan los años y, como el vino, mejora. –Y rió.

No sé específicamente qué pasó, aunque no venía entendiendo nada desde el principio. Cuando nos acercamos a la muchedumbre, de alguna forma aparecimos en el tren. Parecía como si la risa nos hubiese transportado ¿Fue un sueño? Lo hubiese creído si no hubiera encontrado a Vicente López en el otro asiento.

–Voy a ser sincero, empecé el día pensando en que la verdadera Argentina se perdió en el pasado. –Empezó a hablar sin hacer contacto visual–. Que las costumbres perdieron su encanto hace décadas, y siglos, porque el paso del tiempo lo fue borrando. –Se levantó y me miró–. Y ahora, ahora sé que la tradición no es un año específico, mirá todo lo que vimos. Hay de todo. La tradición une al pasado y al presente ¡Claro!

–La verdad –seguí la reflexión– yo no sabía de todo lo que me había

estado perdiendo.

–¿Decís que este viaje raro fue para darnos a entender sobre esto? Si lo es, ¡Gracias a lamagia que nos emprendió en él!

Seguí con su teoría. –Tal vez recién pudimos volver cuando ambos descubrimos el valor de Vicente López.

–Sin presumir, tiene sentido, dentro de lo extraño del asunto.

Llegamos a la plaza, y lo que fue el día más loco de mi vida (o hasta ahora) llegaba a su tarde.

–Qué decir. Hasta acá puedo pasar legalmente. –El cartel en el que se leía “REPARACIONES” estaba en frente–. ¡Esperá! Olvidé decirte gracias. –Era obvio el por qué, pero tenía que explayarme–. Sos un prócer. Escribiste la letra del Himno, pusiste en palabras el intenso sentimiento patriótico de los argentinos. Participaste en la revolución, fuiste presidente provisional. No cualquiera se anima a todo eso. –No podía poner en palabras todos sus actos heroicos–. Además –agregué– estabas dispuesto a quedar como un loco en frente del presidente preguntándole sobre viajes temporales.

Él sonrió y dijo –No hay de qué–. Como si se tratase de una simple gauchada –Gracias por acompañarme en este recorrido.

Un día cuanto menos... curioso. Si lo cuento tal vez lo mencione como un sueño. ¿Cómo lo comprobaría? Lo que sí puedo compartir es lo que aprendí sobre Vicente López, y todavía hay mucho más para investigar.



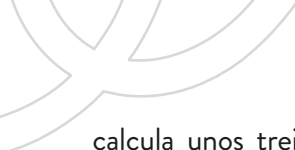
A UN LADO Y AL OTRO DE LA VÍA

DIANA PAPA CONSTANTINO

Se despierta temprano, se viste rápidamente y sale para disfrutar del sol brillante y cálido deprimavera. Las persianas de las casas de sus vecinos están bajas, “duermen”, piensa. Va a la plaza de la estación de tren. Busca refugio en uno de los asientos de cemento de respaldo alto. No lleva libro, ni auriculares, prefiere dejar que su mente vagabundee por los meandros de la memoria y rescate recuerdos olvidados.

Es una típica estación de estilo inglés. La antigua oficina de la estación, que ahora es un bar, tiene todavía la cenefa de madera original, una guarda de madera pintada de negro que esconde la zinguería que recoge el agua de lluvia del techo. A cada lado de las vías hay espacio verde. De un lado está parquizado con gramíneas autóctonas que se recuperan del frío del invierno. Del otro, más angosto, apenas un caminito asfaltado conduce a la avenida Maipú. Cae en la cuenta de que vivió toda su vida de un lado de la avenida o del otro, pero siempre al lado del tren. De un lado de la avenida, el tren que va a Retiro, del otro, el tren que va al Delta. Las vías del tren como la columna vertebral de su vida, piensa.

De chica esta plaza era solo los alrededores de la estación. Un día, tendría catorce años, se puso a hablar con un linyera que vivía en la plaza. Estaba sentado en cuclillas detrás de un precario fuego calentando agua en una cacerola ennegrecida. Él, no recuerda si alguna vez supo su nombre, era mayor que ella, pero mucho más joven que sus padres y tíos. Tenía la edad justa para que hablar con él la hiciera sentir más grande e importante. En retrospectiva le



calcula unos treinta años. Lo recuerda con la cabellera y barba enmarañadas y negras. Sus manos oscuras, y la uña del dedo meñique bien larga, para tocar laguitarra, le explicó. Fue todos los días después del colegio a verlo. La fascinación de lo prohibido. Sentada en el piso, lo veía envuelto en un halo de espiritualidad. Un día ya no estaba más. Ella no se sorprendió, supuso que se habría elevado.

Del otro lado de la avenida Maipú estaban las vías de un ramal abandonado. Ese ferrocarril por donde había circulado un tren de carga, ahora estaba invadido por colillas de cigarrillos, botellas de vidriotiradas y yuyos que crecían sin control. Con sus amigos de la adolescencia, la barra, los sábados a la tarde se reunían para caminar juntos por “la vía muerta”. Quedaban los durmientes, los rieles, incluso ese del medio que por las dudas no pisaban, no fuera a ser que tuviera electricidad. Caminaban por las vías en saltos sincopados de durmiente en durmiente. En los andenes al costado de las vías, quedaban las antiguas estaciones de tren con los vidrios rotos y las paredes con la pintura gris avejentada. La fuerza de la naturaleza aprovechaba la ausencia del hombre y se manifestaba en los yuyos, helechos y hasta pequeñas ramas de paraíso que brotaban apretados entre las baldosas. Recuerda que le gustaba subirse a los puentes de hierro para observar el paisaje de casas bajas, actualmente reemplazadas por edificios.

Sentada en el nido de hormigón, levanta la vista para buscar la columna de hierro que terminaba en un pico gigante de tetera y se erguía orgullosa al lado del andén. Su papá le había dicho que se usaba para verter agua en el vagón de depósito, mudo testimonio de una época anterior de trenes a vapor. Ya no está, víctima inocente de la modernización del tren.



De la casa donde nació y creció se mudó al otro lado de Maipú a un edificio pegado a la vía muerta. Allí inició su propia familia. Desde la ventana de su departamento en el sexto piso se extendía el barrio residencial de Olivos. Grandes lotes de casas con piletas y al fondo, sin nada que interrumpiera la vista, la extensión del Río de la Plata. Ese mar dulce de color marrón que en las tardes de cielo despejándose volvía celeste océano. Hacia la derecha se estiraba, por delante de los jardines de la quinta presidencial el tendido de la vía abandonada, siempre lleno de yuyos, pastos y enredaderas de campanillas azules trepando por el alambrado lateral. La familiar presencia ferroviaria la hacía sentir segura en el vértigo del salto hacia la madurez.

Llegaron tiempos de modernización y con ello la resurrección de la vía muerta. Se cambiaron los rieles, se reemplazaron durmientes, se arreglaron las estaciones abandonadas y se pintaron los puentes de hierro. Incluso se elevó un puente peatonal que permitía el cruce de la avenida Maipú y que conectaba ambos trenes. La instalación obligó a cortar el tránsito, a traer grúas y tractores. Fue un espectáculo al que los vecinos asistieron curiosos. Su hijo mayor, en ese momento muy pequeño, todavía lo recuerda.

Finalmente, se inauguró un tren eléctrico silencioso, que aún funciona y llega al Tigre en treinta minutos. Se inauguraron también bicisenda, negocios “de marca”, y de chucherías importadas “todo pordos pesos”, cines, parque de diversiones y hasta un casino. Esa vía muerta de su adolescencia se había transformado en un paseo turístico moderno y comercial. El río se integró al barrio, ahora se podía disfrutar a través de las ventanillas y de los espacios verdes donde se incluyeron restaurantes y juegos para niños. Las vías de ese tren también trazaban una línea divisoria



entre dos realidades. De un lado, el río con los clubes náuticos y los barrios bajos que sufrían los embates de las sudestadas. Del otro lado, las barrancas y, en lo alto, las mansiones.

Una hamaca que se mueve sola impulsada por el viento, le trae a la memoria el paseo diario a la plaza con sus hijos. Una ligustrina separaba la zona de juegos de las vías, como un escudo verde que impedía a los niños meterse bajo el andén. Ahora, un enrejado aporta esa protección. Las vivencias se aglutinan, los recuerdos surgen al galope. Hace un esfuerzo por ordenarlos y no perderse ninguno. Recuerda la sorpresa cuando su hijo de cuatro años leyó espontáneamente el inmenso letrero negro con letras blancas. Bartolomé Mitre, dijo y ella se preguntó cómo habría aprendido a leer. Gira la cabeza buscando las hamacas de tela bien fuerte en las que su hija más grande cuando era bebé se reclinaba hacia atrás para disfrutar del movimiento en vaivén del cielo, la niña de las sensaciones. Al ver el tobogán recuerda el vértigo que sintió al ver a su otra hija que apenas caminaba, saludando desde lo alto riendo. Antes había un arenero que amortiguaba las caídas de los niños en la zona de los juegos infantiles, ahora hay un piso blando de goma multicolor.

Del departamento se volvió a mudar al otro lado de Maipú a una casa con jardín y más espaciosa capaz de albergar a esta familia de cinco integrantes. Ahora sus hijos jugaban en su casa con los amigos del colegio que venían a tomar la merienda. Aún así, el tren seguía siendo fuente de diversión. La aventura era poner monedas en los rieles para que las achatara. Les exigía paciencia, colocar la moneda y esperar a que el tren saliera de la estación, cosa que ocurría cada treinta minutos.

El tiempo pasaba rápido apretando las etapas de la vida unas con



otras. La plaza pasó a ser centro de reunión de sus hijos adolescentes con sus amigos. “¿Adónde van?”, les preguntaba cuando escuchaba que se abría la puerta de la calle. “A la plaza”, contestaban escuetos. Eran las primeras señales de la búsqueda de su independencia. La Fuerza de la Naturaleza los impulsaba a desplegar sus alas. Fueron abriéndose camino hacia universidades, trabajos, noviazgos y finalmente al lugar propio donde vivir. Como en su infancia, la plaza se volvió a convertir en los alrededores del tren que solía tomar para ir al centro.

Del otro lado de la Avenida, el Tren de la Costa cayó en decadencia. Uno a uno los negocios fueron cerrando, dejando los locales y paseos desolados. Con el paso de los años, las casas inglesas de algunas estaciones se transformaron en bares coquetos y modernos. Una nueva resurrección, “esta vez”, piensa, “más coherente con el estilo residencial sosegado del barrio”.

El ladrido de un perro la trae al presente, sigue en esa misma plaza de las mil y una mutaciones. Ahora tiene otro significado para ella, es el lugar donde se encuentra con sus nuevos amigos del Centro de Jubilados. La fuerza de la Naturaleza sigue empujando hacia adelante, hacia el futuro.

A CINCUENTA AÑOS DE DISTANCIA

IVÁN ALBERTO PITTALUGA

*Al fin y al cabo, al recordarse,
no hay persona que no se encuentre consigo misma.*

Jorge Luis Borges, “El otro”.

Serían las cinco de la tarde. Yo estaba recostado en un banco, frente al cine York. Alas seis empezaba la función. La programación es variada y, para alguien que ya está jubilado, una suerte de celebración de la nostalgia. Conozco el York desde siempre. Aquí nuestra escuela primaria representaba la obra de fin de año. Aquí fui árbol, piedra, gitano, pirata y gaucho.

Era la hora de salida de los colegios, así que no me extrañó ver a grupos de chicos que pasaban por la vereda. Llevaban blazers y corbatas. Usaban el mismo uniforme que había usado yo, cincuenta años atrás. Me reconfortó que alguna tradición se mantuviera.

Uno de esos alumnos se dirigió a la plazoleta. Parecía venir directamente hacia mí. Yano tengo buena vista, pero no me gusta usar anteojos, así que no distinguí su cara hasta que estuvo a mi lado.

—¿Puedo sentarme, señor?

Era un banco de plaza, así que había espacio suficiente. Para mi sorpresa, no sacó su celular. Quería hablarme.

—Mamá me llevó a una astróloga. Ella me hizo la carta astral y me dijo que hoy, viernes 8 de septiembre, un señor como usted estaría sentado aquí. Y que sería importante que le consulte algunas dudas. ¿Le molesta?

—¿Una astróloga?

—Sí, una mujer sabia. Creo que es húngara. Tiene un acento extraño.

—¿Cuándo fuiste a verla?

Dijo que había ido la semana pasada. La que yo conocía era húngara también, pero había fallecido años atrás. Tal vez se trataba de otra astróloga. Hay muchas ahora, pero desde que Lily murió no he vuelto a consultar a ninguna. Bastante tengo con las consultas a mi oncólogo.

El muchacho seguía hablando, pero yo no lo estaba oyendo. Con creciente estupor, observé su parecido a mí cuando yo tenía su edad.

—¿Vivís en la calle Fernán Félix de Amador, frente al vivero municipal? —lo interrumpí.

Me contestó que sí.

—En tal caso —arriesgué— te llamás Miguel Méndez. Yo también soy Miguel Méndez. Estamos en 2025, cerca de la estación Borges del tren de la Costa.

—¿Qué está diciendo? Estamos en 1975 y esa vía está muerta, la usamos para cortar camino desde el cine hasta Maipú. No pasa ningún tren. Solo hay pasto y ratas.

Le mostré mi DNI.

—Debe haber miles de Miguel Méndez —dijo, con sensatez—. Y ese DNI no es verdadero. No tiene las tapas verdes ni hojas. Parece el carnet del Defensores de Olivos.

Admití que era posible la coincidencia de nombres. Yo tampoco estaba seguro de lo que estaba pasando, así que improvisé un experimento:

—¿Qué ves junto al cine York?

—El pub.

Pero aquel pub, con su ambiente oscuro y fascinante, hace ya mucho que no existe. Un colectivo pasó frente a nosotros.

—¿De qué color es el colectivo que acaba de pasar?

—Rojo. El 333.

—Así eran en 1975. Ahora son azules. ¿Cuánto te sale el pasaje de colectivo?

—Diez centavos.

—En 2025 pagamos con esto —y le mostré la SUBE. No le dije que el boleto mínimo está arriba de los 400 pesos.

Me miró con desconfianza.

—¿Usted trabaja para la astróloga?

—No, aunque a ella estos fenómenos siempre le apasionaron. Es verdad que hoy es viernes 8 de septiembre. Una coincidencia de calendarios, se da cada tanto. Pero podría afirmar que vos y yo somos la misma persona, con cincuenta años de diferencia. Yo tengo sesenta y siete, vos diecisiete.

—¿Yo voy a ser así a su edad? —lo dijo con horror. Comprendí que, para un chico que no había terminado la secundaria, yo era casi una momia.

—Si tomás exactamente las mismas decisiones que yo, tal vez terminarás donde estoy ahora. Pero tal vez, no.

Siempre me impresionó la imagen del laberinto. ¿Sigo esta carrera o no? ¿Acepto este trabajo o busco otro? ¿Me caso con esta chica o sigo buscando? ¿Qué hubiese pasado si...? Claro que cuando nos enfrentamos a la muerte, ¿qué elección nos queda? Alejé esos pensamientos.

—¿Qué pensás estudiar? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—No sé, y me preocupa. Eso le dije a la astróloga y por eso quiso que me encontrara con usted. Papá me presiona para que siga Derecho. A mí me gustaría estudiar Letras, ser escritor.

—A papá siempre le gustó escribir. —Y agregué—: Poesía.

—¡No puede ser! Su vida es el Derecho.

—En su despacho, detrás de los tomos de Derecho Civil, vas a encontrar un cuaderno escolar, anillado... Que la calle tuviese nombre de poeta lo decidió a comprar la casa.

—¿Fernán Félix de Amador era un poeta?

Habían abierto las puertas del cine y comenzaba a llegar gente. Pero el chico no podríaverlos a cincuenta años de distancia. Le pregunté cómo estaban en casa.

—Alterados. Benja hizo otra de sus locuras. Quiso cruzar en gomón el río, llegar hasta Uruguay a remo. Iba con dos amigos del colegio. Era de noche. La Prefectura los detuvo. Además de ser menores, no llevaban nada reglamentario. Ni luces ni salvavidas. Solo una Coca y empanadas. Pudo ser una tragedia.

Recordaba ese episodio. Es un milagro que Benja todavía esté con vida, en estos cincuenta años se pudo haber matado cien veces.

—¿Seguís yendo a ver a Platense?

—¡Siempre con el Calamar! Lástima que el último partido lo perdimos. Pero creo que tenemos chances de ascender. Hay buenos jugadores.

—¿Te imaginás a Platense campeón?

—¿De la B?

—No, campeón de primera.

—¿Eso va a pasar?

—Sí, en el 2025. Le gana la final a Huracán.

Me miró divertido, tal vez pensó que yo lo estaba cargando. Le



muestro mi carnet desocio vitalicio. Allí figura desde cuando soy socio: 1970. Lo observa con interés y dice:

—No sé si esto es un sueño o la astróloga tiene razón y cada uno pasa por muchas vidas. Yo pensaba en la medicación oncológica. ¿Me estaría causando una alucinación? Nos quedamos en silencio, tratando de comprender. Al final, el chico hizo la pregunta:

—¿Qué debo hacer, entonces?

—Yo le hice caso a papá. Estudié Derecho en la UBA. Trabajé en Tribunales. En la facultad conocí a mi mujer. Nos recibimos de abogados. Me dediqué a los seguros. Pasaron los años. No tuvimos hijos. Nos divorciamos.

—¿Papá y mamá van a seguir juntos? —quiso saber.

—Sí, hasta el final. Papá va a ser el primero en morir, pero para eso faltan muchos años todavía. Mamá morirá casi centenaria, durmiendo. Como tu abuela, ¿te acordás?

Seguramente recuerda. En su última noche, la abuela había intentado, una vez más, enseñarle el Padrenuestro, pero él, que tenía cinco años, no podía aprenderse las palabras.

Mientras dormía, la abu falleció. Ahora, los tres descansan en el Cementerio de Olivos. El Padrenuestro recién lo aprendió cuando se preparó para la Primera Comuni3n, en la Asunci3n de la Virgen.

—Entonces, ¿qué hago?

—Leí una vez que la vida solo puede ser comprendida mirando hacia atr3s, pero ha de ser vivida mirando hacia adelante. No puedo darte ninguna seguridad de que, si estudiás Letras, tu vida será más feliz que la que yo viví, aunque conocerás otras personas, vivirás otras experiencias, leerás otros libros. Solo te doy un consejo: hagas lo que hagas, seguiviviendo en Vicente López. Es nuestro hogar.

Estaba atardeciendo y ya era hora de terminar nuestra entrevista.



El chico se levantó para despedirse.

—¿Siguen viendo a Minguito? —le pregunto, recordando cómo nos hacía reír.

—¡Sí! Es un grande. Como él dice, “se merece un manolito”.

—Lo tendrá — dije, mirando el busto que está junto a nosotros, sonriente, con su chambergo y su bufanda.

LA SALK

SILVIA CARTASSO

Hoy tenemos que ir al hospital a vacunarnos. Mientras cruzamos la placita de la estación Florida, mamá nos habla de la parálisis infantil, de los niños que se murieron por la epidemia los otros años y los que se pueden morir o quedar paralíticos si es que vuelve a pasar. Pero como ahora está la Salk, nos explica, nos van a dar una inyección y no nos va a pasar nada.

- Y a vos – dice y me mira enojada – ni se te vaya a ocurrir hacer lo que le hiciste al dentista.

Hay una fila larguísima de gente que llena el patio del hospital y da vueltas entre los canteros. Adelante hay una mesa con un hombre y dos mujeres, una muy joven y otra vieja, los tres vestidos con delantales blancos largos.

- Las señoras son las enfermeras y ayudan al médico...- dice mamá. Algunos chicos, cuando se van acercando a la mesa, se ponen a llorar. Otros se tiran al suelo, nooo, dicen, y los padres los llevan arrastrándolos.

- Mamá... ¿por qué le sacaron los zapatos a ese nene? – pregunta mi hermana, asustada.

- Es para que no pateé a médico.

Me mira y me dice:

- ¿Vos vas a hacer un papelón así, adelante de toda esta gente...?

Mientras esperamos, mamá se pone a conversar con la señora de adelante. Se acuerdan de la epidemia de polio del 56 y del miedo que tenían; la señora dice que por las dudas ellos en su casa siguen pintando los árboles de la calle con cal y envolviendo la basura con



diarios. Mamá habla del avance de la ciencia, que ahora es distinto porque está la vacuna, que algún día se va a poder curar el cáncer, el hombre va a llegar a la luna y el subte al Puente Saavedra.

Yo lo único que quiero es irme. Esconderme en los canteritos del patio, entre las palmeras, salir corriendo. Pero mamá me agarra tan fuerte del brazo que me hace doler.

- Mucho cuidado... - dice y me muestra un nene que sale lloriqueando, todo colorado, bañado en baba y moco, en brazos del padre.

Cuando nos toca a nosotras, el médico me agarra, me lleva a un costado y me arrincona contra la pared.

- ... Si gritás es peor - me dice. Tiene olor a tabaco y los dedos negros.

Tengo miedo y vergüenza. Pero no tengo que hacer el papelón como los nenes tontos y chiquitos.

El hombre me sube la pollera y me baja la bombacha por la mitad. Es la ciencia, la ciencia me repito, pero igual siento las lágrimas por la cara enrojecida.

Me acaricia la nalga con un algodón helado con olor a alcohol y me habla al oído.

- Así nenita, bien quietita.... Blandita. No vas a sentir nada...

Miro el revoque descascarado, estoy tiritando. El tipo me sigue frotando.

Ahí es cuando mamá grita:

- ¡Animal!

El patio entero se da vuelta para mirarla.

- ¡Están vacunando a todos con la misma aguja! - exclama mamá indignada.

- ¿La misma? - pregunta uno, lejos, asombrado.

- ¡No puede ser! ¡Qué barbaridad! – dicen dos señoras de la fila, ofendidas.

- ¿Pero no están esterilizando el material? – pregunta una gorda.

- ¡Es cierto! –se da vuelta un hombre con un chico que y se estaba yendo - Con mi hijo usaron esa misma jeringa.

- ¡Usted no va a pinchar a mi hija con esa cosa sucia! – le sigue gritando mamá al médico y me apunta con el dedo.

Todos me miran a mí, a mi bombacha a media asta, a la aguja que se quedó en el aire.

El médico se ríe, pero de nervioso se ve. Y le dice a la gente:

- Es lo que tenemos, no nos mandan más: no hay presupuesto.

- ¡No desinfectan! –grita la gorda.

En el patio se arma un alboroto infernal.

- ¡Silencio en la fila! – grita la enfermera vieja.

La enfermera más joven está sacando un mechero de adentro de una caja de madera y lo trata de prender con un fósforo. Veo que le tiembla la mano.

- ¡Es un atentado a la salud pública! – comentan algunos.

El médico le discute a mamá:

- ¿Qué quiere que hagamos? Peor sería echar a toda esta gente a la calle y poner el cartel “No se vacuna”, ¿no le parece? Si se viene otra epidemia van a salir diciendo que la culpa es nuestra y usted va a ser la primera en venir a armar escándalo.

- ¡Tres carajos les importa la gente...! – grita una mujer.

Algunos se empiezan a pelear con un hombre que dice que tiene que volver Perón.

En el fondo se arma un griterío, aparecen dos tipos de uniforme que empiezan a zamarrear a la gente y a ponerla de nuevo en fila.

- Y no es cierto, hay profilaxis: desinfectamos con alcohol, pasamos



la aguja por la llama...- sigue diciendo el médico y señala el mechero que ya está prendido.

Mamá va contestarle algo, pero la enfermera vieja la corta:

- Tome, ya está. Váyanse – le dice y le da unos papeles.

Son los certificados de vacuna para presentar en el colegio, con los sellos y todo, pero sin nuestros nombres.

- Anote lo que quiera – le dice.

Porque mientras todos se peleaban, ella me había agarrado del brazo y me había clavado la aguja enorme. Primero a mí y después a mi hermana.

Y mientras bajamos las escaleras del hospital se siguen escuchando los gritos. Y siguen mientras cruzamos Caseros. Y todavía se escuchan cuando enfilamos para el lado de la vía y vemos cómo se nos escapa el tren marrón.

Nos volvemos a casa a caminando y por el camino mamá no deja un minuto de rezongar. Cuando llegamos la tía nos pregunta si el pinchazo nos dolió.

- La verdad no sé, no me di cuenta – contestó.



FLORIDA

DANIEL PORTELA

Mi niñez.

Llegando desde un sitio lejano,
distinto,
de la tierra al concreto.
Otras caras, otras voces.
Vicente López me recibió.

Donde florecen los crespones
y los tilos perfuman mi tarde, tu tarde, nuestra tarde.

Desde aquí hasta el río,
donde nos contamos historias,
compartimos mates y risas,
paseamos por su orilla,
y miramos al horizonte,
donde una jirafa nos saludó.

¡Y claro! Tenía en la oreja una flor.
Florida.

Caminé entre tus árboles,
por calles con aroma a bosque y rocas,
saludando al vecino con alegría un Domingo
con el sol asomando que también me saludaba.



Y me enamoré también aquí,
hijos tuve aquí también,
que fueron bañados por este sol,
este río,
y saludados con alegría mientras sentían
esta humedad arbórea de piedras y lucilas y espigones.

Y apagamos fuegos, tuyos, míos,
como ese bombero en la plaza, que somos todos.

Y luego lloré mucho,
y luego amé nuevamente,
y volví a florecer,
en Florida.

Entonces así,
tierra que tiene flores,
eres bienvenida a acompañarme hasta mi desembocadura,
que de ocurrir en otras tierras,
tendrá siempre la caricia de tus pétalos y aromas.



120 AÑOS DE UN ETERNO LATIDO

GABRIEL ALEJANDRO HACKL

Este es un canto al tiempo,
a los barrios y sus voces,
un viaje por la historia
de nuestro Vicente López

Desde sus raíces primeras,
hasta el presente latente,
cuento en versos y rimas
la memoria de su gente

Olivos (1905)

Entre la Quinta y el río,
se despierta el barrio mío
Calles que guardan historias,
de antiguos días y glorias

Puerto que mira al viento,
y en su calma el sentimiento
Olivos es voz y esencia,
alma viva en presencia



Calles que llevan la calma,
y el río que la perfuma,
un barrio que tiene alma
y una historia que se suma

La vieja Quinta Lucila,
ya ausente en el paisaje,
vive en memoria sencilla,
y en el barrio es coraje

Florida Oeste (1913)

Calles que laten trabajo,
clubes que cantan el día,
esfuerzo en cada trazo,
de una lucha decidida

Murales que cuentan vidas,
escuelas y plazas en flor,
Florida Oeste camina,
con coraje y con amor

Florida Este (1913)

Calles llenas de glicinas,



y tardes que la acarician,
casas con puertas vecinas,
y plazas que los cobijan

El tranvía que en la esquina
susurra viejas canciones,
Florida Este camina
entre sueños y pasiones

Munro (1916)

Munro canta entre fábricas,
la voz de un barrio que avanza,
donde el tiempo deja marcas
y la historia no se cansa

Calles que vibran memoria,
y música que llena el aire,
un barrio escribiendo su historia,
con coraje y con su baile.

Carapachay (1949)

Entre rieles que susurran,
Carapachay se despierta,



calles que nunca murmuran,
en calma siempre abierta

La estación guarda el tiempo,
de un tren que vuelve y pasa,
es memoria y sentimiento,
con un barrio que se abraza

Villa Martelli (1951)

Donde antes hubo nada,
crece hoy la esperanza
Tecnópolis despierta,
y la ciencia se abalanza

Parque Yrigoyen escucha,
risas que el viento lucha
Martelli guarda el alma,
de un barrio que no calma

Villa Adelina (1964)

Entre dos tierras se encuentra,
Villa Adelina despierta
La Torre de Ader vigila,



un barrio que se abriga
Su estación es testigo,
de historias y caminos
Plazas que invitan a cuentos,
y a sueños peregrinos

No es un barrio, es un latido,
que en ocho nombres ha sido,
un susurro hecho memoria,
y en su gente, toda historia

Hoy Vicente es muchas almas,
muchos barrios y un cordón,
en sus ciento veinte años
late fuerte el corazón.

CONCURSO

ECOS
DEL PASADO,
VOCES
DEL PRESENTE

AGRADECIMIENTOS



MUSEO DE LA CIUDAD
VICENTE LÓPEZ

VICENTE LÓPEZ **120** AÑOS



A quienes participaron con sus obras, por aportar miradas y recuerdos que enriquecen y fortalecen nuestra memoria cultural.

A la Municipalidad de Vicente López, por acompañar esta iniciativa en el marco del 120° aniversario del Partido.

A los miembros del jurado, por la dedicación, el tiempo y el compromiso con una evaluación profesional y cuidadosa.

Y, muy especialmente, a quienes integran esta antología, ganadores y seleccionados: gracias por darle a nuestra ciudad nuevas historias para leer, pensar y atesorar. Sus palabras se suman al acervo vivo del Museo y Archivo Documental y proyectan nuestra identidad hacia las generaciones futuras.

Este libro nació del esfuerzo conjunto de quienes acompañaron y sostuvieron esta primera edición del concurso **“Ecos del pasado, voces del presente”**.

JURADO



LUCILA SATTI

Nacida en el año 1974 en Buenos Aires. Estudió periodismo, fotografía y cine. Publicó sus primeros cuentos en la antología “El mundo al revés” (2001) y más tarde en “Estación Lector” en 2005. En 2006 publicó su primera novela “El velatorio de las certezas”, luego “El síndrome Elmer” (2009) y “Versus” en 2017.

Hace más de 12 años dicta talleres de escritura creativa y actualmente se desempeña como directora de la Biblioteca Municipal de Vicente López, dependiente de la Secretaría de Cultura.



LILIANA VICENTINI

Prof. en Psicopedagogía y Lic. en Educación. Fundadora y Directora Institucional de la escuela Learning. Integrante de la Asociación de Amigos del Museo y de la Comisión Directiva del Rotary Club de Olivos.



GUILLERMO CICCARI

Nacido en el año 1980 en Buenos Aires. Lic. en Comunicación. Escritor, poeta, gestor cultural y empresario gastronómico. Ha publicado dos libros de poesía “La rosa de mis vientos” (2019) y “El viaje que nunca hicimos” (2021).

**ESCANEA Y CONOCÉ MÁS
SOBRE EL MUSEO DE
VICENTE LÓPEZ**



VICENTELOPEZ.GOV.AR

MUSEO DE LA **CIUDAD**
VICENTE LÓPEZ

VICENTE
LÓPEZ **120**
AÑOS